



Instituto Médico “Sucre”

VOL. 41 BOLIVIA-SUCRE, FEBRERO-ABRIL DE 1945. Nº 79



La digitalización de este número de la revista es el producto de la investigación doctoral llevada a cabo por el candidato a doctor, Javier Andrés Claros Chavarría, con financiamiento otorgado por la Dirección General de Investigación de la Universidad Andrés Bello de Chile. Durante este proceso, colaboraron dos instituciones: el Instituto Médico “Sucre”, propietario de las revistas, y la Fundación Flavio Machicado Viscarra, responsable de la digitalización.

REVISTA DEL INSTITUTO MEDICO "SUCRE"

COMITE DE REDACCION
El Directorio

Sucre (Bolivia) Calle San Alberto Nºs. 8 y 10
Casilla de Correo Nº. 82

SUMARIO

	Pág.
I.—Memoria del Presidente del Instituto Médico, Dr. <i>Ezequiel L. Osorio</i> .	1
II.—Discurso del Dr. <i>Manuel Cuéllar</i> con la re- seña histórica del Instituto	20
III.—La Eugenesia frente al peligro venéreo, por el Dr. <i>Enrique St. Loup</i>	47
IV.—Palabras del Dr. <i>Aniceto Solares</i> en el al- muerzo ofrecido por el Instituto a los dele- gados y autoridades concurrentes a la festi- vidad del cincuentenario de la Sociedad	50
V.—Palabras del Sr. Rector de la Universidad en la sesión pública de honor	54
VI.—Alocución del Dr. <i>V. Malpartida</i> , represen- tante del Ateneo de La Paz	56
VII.—En los funerales del Dr. Gerardo Vaca Guz- mán. Discurso del Pdte. del Instituto	58
VIII.—Discurso del Dr. <i>W. Villatani</i> en la Romería al Cementerio General.	
VIII.—Discurso del representante de la Facultad de Medicina en el cincuentenario del Instituto, Dr. <i>Raúl Fernández de Córdova</i>	65
IX.—Discurso del Delegado del Cuerpo Médico de Potosí, Dr. <i>Romelio Subieta</i>	67
X.—Discurso del Dr. <i>Julio C. Fortún</i> , en repre- sentación de la Dirección General de Sanidad Militar	69
XI.—Ecos	73
XII.—Sifilografía—Notas de Laboratorio y clínicas	74
XIII.—El Dr. Nicolás Ortiz—Dos apuntes anecdóti- cos, por el Sr. <i>Alfredo Jáuregui R.</i>	84
XIV.—Crónica	90

Número consagrado al cincuentenario del Instituto Médico

WINTHROP PRODUCTS INC.

NUEVA YORK

**Medicamentos preparados científicamente y
dedicados al servicio del Médico**

Representantes y Distribuidores

MACDONALD & Co.

La Paz, Oruro, Cochabamba, Potosí, Sucre, Tarija y Santa Cruz

ANALGESICOS

Aminopirina en tab.

Eficaz antipirético, antirreumático, antineurálgico y antiflogístico, de efecto rápido y duradero.

Tratamiento de la influenza, fiebre de las enfermedades infecciosas, neuralgias del trigémino, dolores de cabeza, odontalgias, etc.

ANTIPALUDICOS **Metoquina en tab. y amp.**

Antipalúdico de acción rápida y enérgica sobre los esquizontes, en las fiebres terciana y cuartana, también sobre los gametos.

Profilaxis y tratamiento del Paludismo.

ANTISIFILITICOS

Glyvarsenyl en amp.

Preparado arsenical antilúético de alta potencia terapéutica y excelente tolerancia, en solución estable para uso vía intramuscular.

Sífilis en todos sus estados, fiebre recurrente, paludismo y enfermedades tropicales.

QUIMIOTERAPICOS

Repodral solución

Antimonio III, sodio biscatequina, disulfonato sódico, conteniendo 13% antimonio.

Tratamiento de la Bilharziosis (Schistosomiasis), leishmaniosis cutánea y mucosa, linfogranulomatosis inguinal, granuloma venéreo.

DENTALES

Cartucho Cook ABC

Anestésico dental a base de Procaína, Tetracaína y Nordefrin.

Anestesia profunda, seguridad y rapidez de la anestesia, duración prolongada sin reacciones post-operatorias.

INSTITUTO MEDICO «SUCRE»

Sociedad fundada el 3 de febrero de 1895.

Centenario del nacimiento del Mariscal de Ayacucho

Fundador y Presidente honorario: Dr. Manuel Cuéllar

Directorio

Presidente, Dr. Ezequiel L. Osorio (reelegido)
Vice, Dr. Gustavo Vaca Guzmán.
Secretario, Dr. José Aguirre T. (reelegido).
Tesorero, Dr. Francisco V. Caballero (reelegido).
Vocal, Dr. Aniceto Solares.
Vocal, Dr. Ricardo Rivera.
Suplentes: Dr. Manuel Leonidas Tardío -
y « Clovis Urioste Arana.

Socios de número

Dr. Wálter Villafani	Dr. Medardo Navarro
« Claudio Calderón M.	« David Osio
« Armando Solares A.	« Julio C. Fortún
« Gregorio Mendizábal	« Raúl F. de Córdova
« Anastasio Paravicini	» Germán Orosco P.
« Jenaro Villa Echazú	« Nemesio Torres Muñoz
« Ml. Leonidas Tardío	« Enrique St. Loup
« Clovis Urioste Arana	« Miguel Levy Beckrich
« Carlos F. Garrett	« Ricardo Andrade

Socios Honorarios (fallecidos)

Ing. Carlos Arce, Dr. José María Escalier, Sres. Juan Manuel Sainz y Néstor Sainz.

Socios fundadores fallecidos

Dres. Valentín Abecia, Gerardo Vaca Guzmán, Ángel Ponce, José Cupertino Arteaga.

Socios de número (fallecidos)

Dres. Nicolás Ortiz, José Manuel Ramírez, Donato Doria Medina, Constantino Doria Medina, Sixto Rengel, Marcelino T. Martínez, Demetrio Gutiérrez, Justo Padilla, José María Araujo, Víctor F. Quintana, Antonio Cárdenas, Fidel M. Torricos, Pastor Reynolds, Julio Oropeza T., Arcil Zamora, Manuel Gerardo Pareja, Néstor F. Careaga, Jaime Mendoza, Eulogio Ostria Reyes, Filomeno Martínez, Claudio Roso, Bernardo Vaca Guzmán, Domingo Guzmán.

Socios Correspondientes

INTERIOR

En Sucre.— P. Francisco Cerro, Alfredo Jáuregui Rosquellas, Julio Villa Achá, Manuel Durán P., *Ausentes:* Máximo de Argandoña en La Paz, J. David I-chaso en Tarija.

Fallecidos.— Ignacio Terán, José María Calvo, Carlos Doynel, Ernesto O. Rück, Anselmo Hernández.

En La Paz.— Dres.: Juan Manuel Balcázar, Juan Antonio Osorio, Félix Veintemillas, Daniel Bilbao Rioja, Abelardo Ibáñez Benavente, Emilio Lara Quirós, Enrique Berríos, Enrique Hertzog, Valentín Gómez, Pedro Valdivia, Gregorio Mendoza Catacora, Guillermo Debbe, Corsino Barrero Balsa, Roberto Pacheco Iturralde, Luis Landa Lyon.

Ausente: Dr. Néstor Morales, Villazón, en Buenos Aires.

Fallecidos.— Dres.: Elías Sagárnaga, Claudio Sanjinés Tellería, Andrés S. Muñoz, Luis Viaña, Manuel B. Mariaca, Adolfo Flores, Faustino Carrasco, Ernesto Navarre.

En Cochabamba.— Dres.: Isaac Aranibar, Cleomedes Blanco Galindo, Israel Zegarra, Carlos Aranibar Orosco, Aurelio Meleán, Wálter Galindo Q., Germán Urquidí I., Juan R. Torres, Raúl Maldonado, José R. Medrano, Benigno Sánchez González, Carlos D'Avis, César Moscoso C., César Adriázola, Rafael Sánchez de Lozada, Julio Rodríguez Rivas, Luís Ponce Lozada.

Fallecidos.— Dres.: Julio Rodríguez, Manuel Ascensio Villarroel, Mariano Ayala Montaña.

En Oruro.— Dres.: Enrique Condarco, David Siles, Emilio Quevedo P., Eduardo Arce Soria, Mario Serrano, Graciano Guzmán, Agapito Villegas.

Fallecidos.— Dres.: Adolfo Mier, Wesley Beach, Zenón Dalence.

En Potosí.— Dres.: Humberto Oropeza, Domingo Flores, Néstor Murillo, Flavio Iraola, Carlos López Rodrigo, Félix del Carpio, Rafael Santa Cruz, Félix Lascano.

Fallecidos.— Dres.: Héctor Vázquez, Mariano P., Zuleta.

En Tarija.— Dres.: Alberto Baldivieso, Carlos Lascano Márquez.

En Santa Cruz.— Dres.: Percy R. Boland, Uldarico Zambrana, Melchor Pinto, Angel Foianini.

Fallecido.— Dr. Pablo Sanz.

En El Beni.— Dr. Oscar Camacho Meleán.

Cinti.— Dr. José Avelino Loría (fallecido).

Catavi.— Dres.: Serafín Ferreira y Mamerto Dávila.

Telamayú.— Dr. Joaquín Rodríguez.

Pulacayo.— Dr. Aristides Dávila.

Socios correspondientes en el Extranjero

Argentina.— Miembro de Honor: Prof. Carlos Bonorino Udaondo.

Francia.— Miembro de honor (fallecido) Dr. L. Dartigues.

Profesor H. Gougerot, Dr. L. Mathé, Dr. Powilewicz; Profesores: Noel Fiessinger, Robert Debré, Che-

vassu, Paul Moure, Louis Ramond, Babonneix, Pierre Brocq, Funck Brentano, Charles Richet, Fils, Laroche, Valéry—Radot, Roussy, Balthazard, Claude, Terrien, Halphey, Ombrédanne, Pierre Duval. Dres.: Molinéry, Perchepierre.

Chile
Dr
Inglaterra.— M. D. Mackenzie.

España.— Dres.: Gregorio Marañón, Marcelino Pascua.

Argentina.— Dres.: Gregorio Aráoz Alfaro, José Querejazu, León Velasco Blanco, Angel H. Roffo.

Fallecidos.— Emilio R. Coni, Samuel Gache, Manuel Blancas, Faustino Jorge, Víctor Delfino, Leonidas Jorge Fiasco, José Zamora, h., Roberto Landívar, Tomás Cerruti, Joaquín Llámbias.

Uruguay.— Dr. Américo Ricaldoni.

Fallecidos.— Dres.: José Martirené, Gerardo Arrizabala.

Perú.— Dres.: Ernesto Odriozola, David Matto.

Brasil.— Dres.: Miguel Coelho, Fernando Magalhaes, Juliano Moreira, Carlos Chagas, Abreu Filho, Luis Soares.

REVISTA
DEL
INSTITUTO MEDICO «SUCRE»

Año XLII — Febrero - Abril de 1945 — No. 79

Memoria del Presidente del Instituto Médico
“Sucre”
sobre la marcha de la Sociedad en el año que concluye
el 3 de Febrero de 1945.

Señores socios señores:

Hoy, 3 de Febrero de 1945, la sesión pública anual no celebra un aniversario más solamente: es la conmemoración jubilosa del medio siglo de la vida del Instituto, y tiene por objeto rendir pleito homenaje de admiración y de gratitud al Gran Mariscal de Ayacucho en el tercer cincuentenario de su nacimiento.

Manes augustos y pródigos, bajo cuya sombra tutelar y bajo cuya advocación nació el Instituto Médico, y con cuyo nombre nuestra ciudad fué bautizada, recibid el sagrado juramento de perseverar en la obra de progreso que nos hemos impuesto, como la mejor ofrenda a vuestra venerada memoria y a las libertades que nos legasteis.

A medida que transcurre el tiempo, crece sin cesar, cada vez más, la excelsa figura inmortal del creador de nuestra nacionalidad, grande en los campos de batalla, generoso con los vencidos, y más grande aún

en la paz, cuando organiza y administra democráticamente a pueblos hasta entonces uncidos al yugo de la servidumbre; héroe máximo entre la constelación de los héroes de la lucha por la independencia; glorioso vencedor de Ayacucho, los fulgentes rayos de su espada invicta, que alumbraron la aurora matutina de nuestra historia, que guíen hoy, mañana y siempre a los bolivianos por el camino de la ley, del derecho y la justicia.

Ciudadano egregio de nuestra América, modesto, honrado, franco, virtuoso, santo, que hiciste de la democracia un culto, del derecho un apostolado, de la Ley un santuario, de la Libertad un ideal realizado, de la República un principio indiscutible, del respeto a la personalidad humana una regla invariable, una disciplina constante, tú, Bondad infinita, Piedad sin límites, representas para nosotros los bolivianos la imagen misma de nuestra patria idealizada. Y exclamamos:

¡Padre nuestro, que estás en la Gloria, llenos están Bolivia y el Mundo Americano de tus tan hermosas como titánicas hazañas y de la inmensidad de los bienes que sembraste para cosechar sólo ingratitudes, envidias y traiciones!

¡*Sursum corda!* ¡Arriba los corazones! Escuchemos de pie el himno «Al Gran Sucre».

* * *

Como el tiempo de que puedo disponer en esta sesión pública es limitado, voy a ser muy conciso en la cuenta del movimiento habido en el Instituto en el año que termina hoy.

I.—Reorganización de la Sociedad

La misión del Instituto es activa, operante. La pasividad y la inercia están reñidas con los fundamentos de su constitución. Si la parálisis parcial o total hiciera presa de su organismo, la invalidez o la muerte serían sus consecuencias.

Es por esto que, no obstante la grave responsabilidad que entrañaba, acepté la confianza que depositaron en mí los miembros de la Sociedad al reelegirme hace un año por unanimidad. Mi propósito invariable, mi firme intención, tendían exclusivamente a trabajar sin descanso hasta obtener el funcionamiento integral del Instituto, para lo que era indispensable la reorganización de cada una de sus secciones.

Esta reorganización exigía perentoriamente, en primer lugar, la reconstitución material del edificio. Había que transformarlo, modernizándolo, higienizándolo, dándole más solidez, mayor comodidad. Como se hallaba ocupado por oficinas públicas, que impedían emprender los trabajos de reconstrucción, era imprescindible la desocupación de sus locales. El material científico, primitivamente distribuido con orden y método en los distintos compartimientos, se encontraba entonces hacinado, en una confusión desesperante, que provocaba su deterioro y destrucción. Era imperioso instalarlo en buenas condiciones, debidamente catalogado y clasificado. El laboratorio de bacteriología últimamente adquirido había sido entregado a los estudiantes de medicina que lo solicitaron por simple oficio en 1936, sin acta, sin inventario, sin plazo de devolución, sin revisión alguna. Era una obligación elemental pedir su reincorporación para que prestase sus servicios dentro del Instituto.

Todo esto tuve que hacerlo, sin parar mientes en las dificultades y obstáculos, pues no era posible contemplar con tranquilidad y fatalismo musulmanes el ridículo espectáculo de ver convertido al más antiguo centro de actividad científica de la República en una casa de inquilinato, y arrinconados como trastos viejos sus útiles y materiales de trabajo.

Hubiera querido ahora presentaros, como resultado de mi paso por la presidencia, una reorganización completa; mas, ni el tiempo, ni los recursos que, por iniciativa mía, conseguimos, han sido bastantes para terminar la tarea. Las secciones de electrorradiología, y de meteorología, que nos legaron nuestros predecesores

res, fueron de tal manera descuidadas, que costará mucho restaurarlas y ponerlas en condiciones de prestar los servicios que antes prestaron. Faltan varios aparatos, y otros están incompletos, inutilizados y rotos.

Durante las obras de reconstrucción, nos hemos visto obligados a clausurar el salón de actos públicos y los museos anatómicos, donde pasaban clases los profesores de la materia en la Escuela de Medicina y en la de Enfermeras.

En los primeros meses del año pasado la situación económica del Instituto era tirante. No teníamos recursos ni para mantener el servicio nacional de vacuna, porque el ministerio del ramo, al redactar el presupuesto, había cancelado la partida respectiva para 1944. Las reclamaciones que formulé, fundadas en la ley y en la justicia, consiguieron, después de largas gestiones, que se dictase una Resolución Suprema que autorizaba una erogación extraordinaria con este fin de los fondos propios del ministerio de salubridad. Tuve que trasladarme al asiento del Gobierno para obtener el pago completo de la suma concedida.

Aprovechando de este viaje, logré también que se dictase otra R. S. por el Gobierno, disponiendo la fijación de una partida en el presupuesto de sanidad de 1945, para los gastos de conmemoración del cincuentenario del Instituto. Esta partida, que ya está consignada en la ley financiera de este año, es insuficiente para satisfacer las obligaciones que tenemos contraídas y para cubrir los gastos que hemos efectuado en la renovación de nuestras secciones y la reinstalación de sus materiales.

Hoy contamos con varios locales nuevos o completamente renovados, como el departamento destinado a salón de lectura y lugar de reuniones sociales del cuerpo médico, los salones destinados a museos, este salón de conferencias, resultado de la fusión de tres aposentos antihigiénicos, de muros desiguales, de pisos tambaleantes, mal techados y asimétricos.

La restauración de los museos de zoología, botá-

nica, mineralogía y geología, ha sido laboriosa. Los ejemplares de animales y plantas se hallaban maltrechos, cubiertos de polvo, y muchos de ellos, apolillados. En cuanto a los minerales y fósiles, se requirió gran paciencia para restablecer su ordenamiento y clasificación.

Ojalá para el año venidero, el presidente que me suceda pueda presentarnos ya restaurados nuestro antiguo gabinete de electrorradiología, nuestra instalación epidiascópica de proyecciones para conferencias, nuestro laboratorio de química y nuestro observatorio meteorológico. Únicamente así podremos decir que hemos sabido conservar la obra de nuestros mayores. Ya entonces podremos pensar en emprender otras mejoras y realizar nuevas iniciativas.

Este cincuentenario debe marcar en el reloj del Tiempo la iniciación de una era de renacimiento en la marcha de nuestra institución. Debemos propender a contar con todos los medios de investigación para que, apoyados siempre en el método experimental del ilustre padre de la ciencia de la vida, el inmortal Claudio Bernard, podamos contribuir, aunque sea en reducida escala, al progreso de nuestra profesión y al adelanto de la ciencia puesta al servicio de la humanidad.

II.—Movimiento Económico

En este orden, tengo que referirme al informe del Tesorero de la institución, Dr. Francisco V. Caballero, que es el siguiente:

INSTITUTO MÉDICO «SUCRE»
TESORERÍA

Sucre, 1º. de febrero de 1945

Señor Presidente del Instituto Médico «Sucre».

Presente.

Señor Presidente: Llenando prácticas usuales, ofrezco a su consideración un breve informe del movimiento de fondos del Instituto. En el período económico corrido de febrero del año pasado a la fecha, ha habido inusitado movimiento en las cuentas de la Sociedad, como consecuencia de las obras de reparación emprendidas desde junio pasado y que eran ya impositergables por el estado de deterioro de nuestro local social. Estas obras costosas, dados los tiempos que corren, han sido llevadas a la práctica en condiciones equitativas de economía y seguridad, habiéndose concluido el trabajo en diciembre pasado. Los tondos erogados han sido en parte los de la propia caja, añadidos al préstamo contraído en el Banco Nacional de Bolivia, por Bs. 200 mil y en uso de las facultades que recibió el Consejo de Administración hace ya algún tiempo.

Se han dividido las obras de reconstrucción en dos grupos, firmándose en consecuencia con el constructor señor Pablo Fuertes, dos contratos sucesivos de 130 mil Bs. y 100 mil respectivamente y que se han pagado íntegramente. Además, y como complemento de las obras, se ha adquirido varios lotes de muebles, artefactos eléctricos, y se ha instalado un local adecuado para el deseado Círculo Médico.

Las necesidades de las demás secciones de trabajo de la Sociedad han sido atendidas sin restricción, pero con vigilancia.

En enero pasado hubo necesidad urgente de contraer un nuevo préstamo bancario, por Bs. 50 mil, para la preparación del Cincuentenario de la fundación del INSTITUTO, mientras se hace efectiva la asignación especial para estos festejos que ha acordado el Supremo Gobierno.

En diciembre, también ppdo., se ha hecho la primera amortización de 15 mil Bs. al préstamo inicial de 150 mil obtenido en septiembre de 1944.

Es interesante recordar la eficacia que Ud., señor Presidente, logró el año pasado viajando en abril a La Paz, con objeto de cobrar la asignación íntegra de 120 mil Bs. por 1944. Es de desear que este año no

sea necesario un nuevo viaje y gestiones especiales para obtener los fondos votados en el nuevo Presupuesto de 1945.

Saludo al señor Presidente, con toda mi consideración.

F. V. Caballero
Tesorero

III.—Sección de Vacuna

También, para informar sobre la marcha de esta importante repartición, nada mejor que recurrir al Informe pasado por el Jefe de la Sección, Dr. Armando Solares Arroyo:

Sucre, 30 de enero de 1945.

Al Señor

Presidente del Instituto Médico «Sucre».

Presente.

Señor:

Pongo en su conocimiento y en el de los miembros de la Sociedad, la labor de la Sección de Vacuna Antivariolosa del Instituto, durante el año 1944, dando cumplimiento a lo dispuesto por los estatutos de la Sociedad.

La Sección de Vacuna Antivariolosa, que la dirijo con carácter ad honorem desde el año 1920, ha funcionado el año ppdo. con toda normalidad, enviando el flúido solicitado siempre gratuitamente, no sólo a todos los centros de la República, sino también al exterior, la Argentina y el Brasil, de donde en notas de agradecimiento hacen llegar hasta nosotros el aplauso por la superior calidad de nuestro producto, el que ha dado 100% de resultado positivo en las inoculaciones.

Ya no cabe duda alguna de la eficiencia de nues-

tra vacuna, la que como siempre es elaborada con todas las reglas y conocimientos científicos del día, a parte de los cuidados que se tiene en su conservación a fin de mantener su virulencia invariable.

El cuadro adjunto indica que se han producido 33.952 ampollas para 679.040 vacunaciones, cifra inferior a la del año 1943. Lo que no debe sorprendernos, puesto que ahora únicamente se ha hecho el servicio ordinario de vacunación, habiéndose en el indicado año ordenado por el Ministerio de Higiene la vacunación general en toda la República, motivando este hecho una mayor elaboración. Al presente la cantidad de flúido ha sido más que suficiente para satisfacer ampliamente todos los pedidos.

Es menester, señor Presidente, que en el presente año, además de completar el material de elaboración, nuestra Sociedad haga efectivo el trabajo de las diferentes secciones en nuestro laboratorio antivarioloso, para dar comodidad al personal y llenar todas las exigencias que requiere un establecimiento de esta índole, que, por su prestigio, merece toda atención máxima si se tiene en cuenta el importante rol social que desempeña nuestro producto.

El personal que trabaja en la Sección se ha distinguido por su eficiente labor, mereciendo la confianza y aplauso del Director. A propósito, habiéndose suprimido una de las auxiliaturas, es de justicia aumentar el emolumento al personal que queda, el mismo que goza de reducido sueldo.

Con este motivo, ofrezco a Ud. mis consideraciones de respeto.

ARMANDO SOLARES ARROYO
Director de la Sección de Vacuna Antivariolosa.

**Resumen de las remisiones efectuadas, por la Oficina
de Vacuna Antivariolosa del Instituto Médico «Sucre»,
durante el año de 1944**

<u>Destino</u>	<u>Nº. de ampollas</u>	<u>Nº. de vacunaciones</u>
Chuquisaca	8.799	175.980
Potosí	8.372	167.4
Tarija	4.702	94.040
Cochabamba	4.467	89.340
Santa Cruz	2.712	54.240
Oruro	2.133	42.660
La Paz	2.062	41.240
Beni	680	13.600
Exterior	25	500
	<u>33.952</u>	<u>679.040</u>

Para la elaboración de Vacuna Antivariolosa, durante el año 1944, se vacunaron 50 terneros, numerados del 2.500 al 2.549.

Se enviaron 141 telegramas, referentes a la remisión de paquetes con vacuna.

Se remitieron 152 paquetes postales, con sus respectivas tarjetas.

Sucre, diciembre 31 de 1944.

IV.—Biblioteca

El salón de la biblioteca ha sido mejorado, y se ha creado la sala de de lectura anexa, que funciona dentro del recinto del Círculo Médico, quedando independientes ambos locales. Desde el año pasado la catalogación decimal quedó concluída y el cárdex organizado. Los socios del Círculo Médico que deseen consultar cualquier libro, folleto o documento, tienen a su disposición un catálogo por materias y los que quieran documentarse sobre un punto determinado, pueden recurrir al cárdex.

El doctor Miguel Levy, jefe de la sección, se ausentó a La Paz por tiempo indefinido.

En el año transcurrido el número de libros ingresados ha sido escaso, porque no hemos dispuesto de fondos para incrementarlo. Pero hemos recibido muchas publicaciones importantes de institutos científicos, asociaciones médicas, universidades, etc.

V.—Sección de Bacteriología

Como he manifestado, se encuentra ya nuevamente en poder del Instituto este laboratorio que fué adquirido en 1928 para reemplazar al anterior, cuyos aparatos eran anticuados. Lo compramos en París, de la casa Adnet Jouan, después de haber hecho una cuidadosa selección de su material y de haberlo hecho comprobar personalmente por técnicos en aquella capital. Hay grandes diferencias entre el inventario de la época en que llegó a Bolivia y fué despachado por la casa Dauelsberg de Antofagasta y el inventario que se ha levantado al tiempo de recogerlo, sobre todo en lo que se refiere a reactivos, colorantes y vidriería. También la hay en el equipo, aunque en mucho menor escala. Hace pocos días fué devuelta por el director de la preparación de la vacuna BCG una estufa termoeléctrica que le fué prestada. Quedan algunos útiles en el instituto de anatomía patológica, que esperamos serán devueltos igualmente para no perjudicar el funcionamien-

to del mencionado laboratorio, pues es indispensable que sean adquiridos con fondos del Tesoro universitario tratándose de una dependencia de la Escuela de Medicina.

Hay algún material de bacteriología nuevo en depósito, que vino de Buenos Aires. Ese material, que lo incorporaremos al laboratorio, una vez que entre en trabajo, servirá para llenar los vacíos que se han anotado. Lo esencial es entusiasmo y perseverancia para ponerlo en marcha. En 1944 el doctor Aniceto Solares fué designado por unanimidad para ponerse a la cabeza de esta sección, en vista de los cursos que siguió hace muchos años en el Instituto Pasteur de París. Lástima que por algún impedimento que se le presentó no hubiésemos podido contar con su valiosa cooperación en momentos en que ella nos era tan necesaria.

VI.—Museo de Ciencias Naturales

He hecho ya mención de este Museo al hablar de la reorganización del Instituto. Las piezas que lo componen, reparadas unas, restauradas otras, clasificadas todas, ocupan el lugar que les corresponde en sus respectivas casillas. Esperamos mejorarlo contando siempre con la ayuda de su actual jefe, el doctor Ricardo Rivera. Este es su INFORME:

Sucre, 1º. de febrero de 1945

Señor Presidente del Instituto Médico «Sucre».

Señor Presidente:

Como Jefe de la sección del Museo de Historia Natural, designado por los socios en la sesión ordinaria respectiva, tengo el honor de presentar el siguiente informe:

Las piezas del Museo de Historia Natural: animales, plantas, muestras minerales y fósiles, cuya adqui-

sición ha costado tanto dinero y sacrificio al Instituto que usted muy dignamente preside, habían sido aglomeradas desordenadamente en un solo lugar por falta de locales apropiados para el Museo, ya que con un criterio inexplicable, habían sido alquilados a la Sanidad Departamental.

Ahora que nuestra institución ocupa todo el edificio y que han sido refeccionados y reconstruídos los locales destinados a sus distintas secciones, el Museo de Historia Natural ha sido reinstalado con relativa comodidad y amplitud; los numerosos ejemplares de animales y de plantas han sido restaurados y convenientemente desinfectados; se ha adquirido un gran estante y han sido reparados todos los existentes que fueron destruidos por la acción del tiempo y del desorden; igualmente se han adquirido de acuerdo con el Señor Presidente, durante el año de 1944, 11 piezas de animales, convenientemente disecadas, todas ellas procedentes del país. Lamentablemente, el muestrario de minerales no ha podido ser convenientemente ordenado; habrá que requerir los servicios de un experto mineralogista.

En la forma como ha sido reinstalado el Museo de Historia Natural ya podrá prestar servicios de utilidad a los profesionales y estudiantes que soliciten su acceso a esta sección, dentro de las normas establecidas por el Reglamento del Instituto.

Con este motivo saludo a usted atentamente.

DR. RICARDO RIVERA

Jefe del Museo de Historia Natural

VII.—Museo de Anatomía y Dermatología

Se ha tenido particular cuidado por el jefe de este museo, Dr. Wálter Villafani, de mantenerlo en las mejores condiciones posibles. Todas sus piezas están bien conservadas. Únicamente alguna no ha sido aún devuelta por la Facultad, que la emplea en la enseñanza de la osteología.

El museo de anatomía está abierto a los estu-

diantes en las condiciones que fija su reglamento especial. Puede servir, como en otras partes, para hacer comprobaciones de los estudios anatómicos y de las preparaciones y piezas disecadas, como un verdadero modelo. Pero los trabajos prácticos de anatomía y la labor diaria requieren siempre del anfiteatro y de las piezas de un clástico, una vez que las de los modelos del museo son en cera y no admiten ser descompuestas en sus elementos constitutivos, porque su factura es diferente.

VIII.—Ampliación del área de nuestra casa

Merced a gestiones que realizó activamente en momento oportuno la presidencia, primero ante el Alcalde provisional, presidente del Consejo Deliberante, y luego, desaparecido el Consejo, ante el nuevo alcalde designado por el Gobierno, por no funcionar las cámaras legislativas, este último se dirigió al Poder Ejecutivo quien dictó el Decreto Supremo que autorizó a la Municipalidad de Sucre a entregar a perpetuidad, a título gratuito, a nuestra Sociedad los terrenos situados sobre la alcantarilla que pasa detrás de nuestro edificio. La posesión legal, previa escritura suscrita por el Contralor departamental, el Fiscal de Distrito, el Alcalde y el Presidente del Instituto, se efectuó con todas las formalidades del caso, y el derecho de propiedad del Instituto fué inscrito en la Oficina de Derechos Reales.

El terreno incorporado al Instituto, mide casi 200 metros cuadrados. Servirá para ampliar la sección de vacuna y preparar una nueva.

IX.—Círculo Médico

Dos necesidades debía satisfacer el cuerpo médico de Sucre, y para ello carecía de los medios adecuados. La primera, estrechar los vínculos de compañerismo en-

tre colegas para conocerse y apreciarse mutuamente, evitando incomprensiones, que son fuente de desconfianzas y recelos. La segunda, tener a su disposición, para simple ilustración, estudio o consulta, una biblioteca amplia y provista de un buen caudal de libros de medicina.

A llenar estos vacíos responde la creación del Círculo Médico, con su cómodo salón de lectura, que es su compartimiento principal.

El Círculo Médico formará una corporación independiente, en la que tendrán cordial acogida todos los colegas de buena voluntad que quieran inscribirse en el libro de registro de sus miembros, bajo su propia garantía de no contravenir a las prescripciones del Reglamento.

X.—Revista y Canjes

Nuevamente he de insistir en que la Revista, que es el órgano de relación del Instituto, y que va a ingresar en el XLI año de su publicación, debe editarse bimensual o, por lo menos, trimestralmente. Es preciso que la voz de la Sociedad se deje escuchar; que sus miembros no guarden para sí solos sus observaciones en la clínica, en el laboratorio, en la clientela, en la cátedra. Cada miembro del Comité de Redacción debe desempeñar una labor activa y no un papel decorativo, y entregar para cada nuevo número al secretario de redacción, por lo menos un artículo científico, suyo o ajeno, con la condición de que sea inédito. Al secretario de redacción corresponde encargarse de la edición y de todas las obligaciones emergentes.

Todos los miembros debemos ver como cosa propia, que lo es, a la Revista del Instituto Médico «Sucre», cuyo primer número vió la luz pública a comienzos de este siglo.

Los canjes serán retribuídos puntualmente, llevando además las tarjetas de recibo de las instituciones que los envían para devolverlas a correo relativo. También a cada número de la Revista acompañará una

tarjeta semejante a las anteriormente mencionadas, cuya devolución nos servirá para saber si ha sido recogido por el destinatario.

XI.—Nuevos Socios

Ha ingresado en el seno de la Sociedad recientemente el Dr. Ricardo Andrade, después de cumplir con todos los requisitos reglamentarios. Los conocimientos y competencia del doctor Andrade en la especialidad de radiología, son muy conocidos. La unanimidad de votos con que ha sido recibido, demuestra la confianza que depositan sus colegas en su activa y entusiasta cooperación.

El Ingeniero don Pablo Fuertes, que dirigió con todo empeño y acierto las obras de reconstrucción de nuestro edificio, ha merecido la designación de socio correspondiente.

XII. Honras fúnebres a los restos del Dr. Gerardo Vaca Guzmán

El Instituto ha promovido la restitución de los restos del doctor Vaca Guzmán, su respetable miembro fundador, a esta su ciudad natal, de la ciudad de Tarija, donde falleció hace casi treinta años.

Era un deber inaplazable e ineludible, y, como a Presidente durante esta gestión, me ha tocado la suerte y la satisfacción de cumplirlo.

La urna que contenía esos restos venerandos llegó por avión al aeropuerto de Sucre el día 17, a las 4 y media de la tarde. Allí estuvieron presentes, además de los miembros de la familia del ilustre extinto, el Presidente del Instituto y el representante de la Alcaldía municipal. Fué a la pista, con objeto de conducirlos a la capilla ardiente que estaba preparada en nuestro salón principal, el auto fúnebre que envió el alcalde. Al día siguiente, 18, se le tributaron los honores que merecía la noble vida del eminente ciudadano y cons-

picuo maestro de la juventud. El Ilmo. señor Arzobispo y el Cabildo Metropolitano prepararon espontánea y benévolamente unas solemnes exequias; el señor Rector y la Municipalidad publicaron un decreto y una ordenanza, asociándose al duelo del Instituto y considerándolo como suyo; el Coronel Comandante de la Región Militar N.º 2 dictó una Orden de guarnición especial. El Instituto fué representado por su presidente en el elogio fúnebre durante la traslación; también lo fueron por sus respectivos delegados, la Universidad y la Facultad de Medicina, la Municipalidad, la Sanidad Pública y la ciudad de Tarija.

A las instituciones mencionadas y a todas las demás corporaciones, autoridades y sociedades que contribuyeron a rendir homenaje a la memoria del doctor Gerardo Vaca Guzmán, así como a todas las personas que asistieron a sus funerales, vaya nuestra palabra conmovida de gratitud imperecedera.

XIII.—Secretaría

Esta sección, por motivo de los cambios sucesivos del personal que colabora al señor Secretario del Instituto, no ha podido completar el orden que debe reinar en el archivo de la Sociedad. Es de desear que en el curso de este año, se encuentren perfectamente catalogados todos los documentos que conservamos desde la fundación del Instituto. El local de la secretaría debe ser exclusivo para este objeto, a fin de evitar cualquier confusión o extravío de documentos, y las sesiones deben realizarse en otro recinto.

Cumplidos el deber cívico de la hora presente, y la obligación social, tócame ahora cumplir también con el grato deber de recordar a nuestros socios fundadores en breve reminiscencia, pues sus biografías no son susceptibles de condensarse en pocas palabras.

Además de los socios fundadores, es nuestro deber expresar a la memoria de los socios de número fallecidos en estas cinco décadas la sincera y profunda emoción que su eterna ausencia nos produce en estos instantes.

La luminosa personalidad del preclaro estadista y científico, ilustre hijo de Chuquisaca, cuya historia escribió, surge en primera fila. Su polifacética actividad universitaria, profesional, docente, política, historiográfica, estadual, parlamentaria, de higienista, de escritor, etc., domina largo tiempo los acontecimientos de la vida de esta ciudad y el proceso de la formación y desarrollo de nuestra institución. Me refiero al Dr. Valentín Abecia.

El doctor Gerardo Vaca Guzmán, a cuyas cenizas trasladadas de Tarija y conducidas a nuestro Panteón de Hombres Célebres, honramos como lo merecían, no hace muchos días, es el segundo de la lista de nuestros fundadores. Fué uno de los raros médicos que pudo decir con razón que su vida estaba consagrada por entero a la medicina. Viviendo sólo para cultivarla y ejercerla, todavía hallaba, no obstante, el tiempo necesario para trabajar asiduamente en su laboratorio de investigaciones y el dinero suficiente para dotarlo de material, incrementando los fondos del Instituto, mediante la cesión de sus haberes de catedrático.

Químico sobresaliente, eximio clínico, oftalmólogo hábil, profesor incomparable, corazón bondadoso, espíritu humanitario, talento privilegiado, trabajador infatigable: ved ahí en síntesis lo que fué este querido maestro.

El doctor Angel Ponce, versado patólogo, profesional práctico de una visión diagnóstica y pronóstica admirable, empapado en las enseñanzas de Trousseau, fué un excelente profesor, un abnegado médico de hospital, Rector de la Universidad, entusiasta renovador de la Escuela Médica de 1892 y fundador del Instituto Médico «Sucre» en 1895. Su prematura muerte lo arrebató al afecto de sus colegas, de sus amigos y de sus discípulos, cuando era toda una promesa de un brillante porvenir. Su carácter recto, sus condiciones intelectuales, su consagración al estudio y al cuidado de sus enfermos, le granjearon el respeto y el aprecio de cuantos le conocieron.

El doctor José Cupertino Arteaga, profesor ilustrado y competente, fué un entusiasta y decidido propulsor del adelanto de esta Sociedad. Fué el primer director de su sección de vacuna. Ejerció varios cargos importantes de orden público, como los de alcalde, prefecto, canciller de la nación. Donde intervino siempre dejó huellas de su conocida hidalguía e intachable gentileza.

El fundador sobreviviente, nuestro presidente honorario, el doctor Manuel Cuéllar, cuya obra magna, el Instituto, ha constituido la constante preocupación de su vida, está aquí, entre nosotros, trayéndonos el aliento de su indomable energía. Su sola presencia en estos momentos quiere decirnos, en nombre de todos los fundadores: ¡ADELANTE!

No debemos olvidar tampoco que un extraño a la profesión médica, el señor Carlos Arce, cooperó de una manera efectiva y eficaz a la fundación del Instituto, facilitando la adquisición del material científico que se compró en París, motivo por el cual fué honrado con el título de Miembro de Honor.

El doctor Manuel Cuéllar es hijo del más antiguo médico de la Chuquisaca republicana, aquel que atendió de sus heridas al Gran Mariscal en el día aciago en que la envidia, la ambición y la perfidia de ciertos hombres condujeron a la soldadesca ignorante y levantisca a amotinarse criminalmente y a atentar contra su preciosa vida.

Doctorado en París, volvió a su tierra natal henchido de ilusiones y esperanzas, con el decidido propósito de sacudir el polvo de la tradicional rutina en la enseñanza, estratificado ya durante años hasta anquilosar las articulaciones que debieran poner en marcha el progreso de la docencia médica. Quería un verdadero renacimiento de la Escuela de Medicina en cuyos albores fué protesor su ilustre padre. Impúsose su carácter y sus iniciativas fueron escuchadas y aceptadas. La reforma y la reorganización completa no eran factibles manteniendo los viejos moldes que habrían deformado y desviado las nuevas tendencias renovadoras,

que tenían como fundamento de los estudios de medicina la escuela práctica de anatomía, el laboratorio y la clínica.

Sugirió y propuso la formación de un núcleo, constituido en Sociedad, que impulsara vigorosamente estas innovaciones y también de una manera general el progreso de la medicina nacional.

He ahí su iniciativa, he ahí su obra. Medio siglo de existencia del Instituto Médico «Sucre» es el testimonio irrefutable de que ella subsistirá venciendo todos los obstáculos, resistiendo todos los embates del tiempo y de los hombres.

De sus labios escucharéis, en pocos minutos más, la historia vivida de nuestra institución, la que lo considera su reliquia más preciada.

Doctor Cuéllar: vuestro lema ha sido la leyenda del escudo de una gran nación: Orden y Progreso. Por eso os admiramos. Y para rendir en vuestra ilustre persona el homenaje de respeto y reconocimiento que debemos a nuestros fundadores, os ruego conservar esta medalla que os otorga el Instituto Médico de 1945.

Ella es el símbolo del compromiso que con vos contraemos: de conservar a través de todas las dificultades la vida del Instituto y es también la consagración de vuestra obra en su cincuentenario.

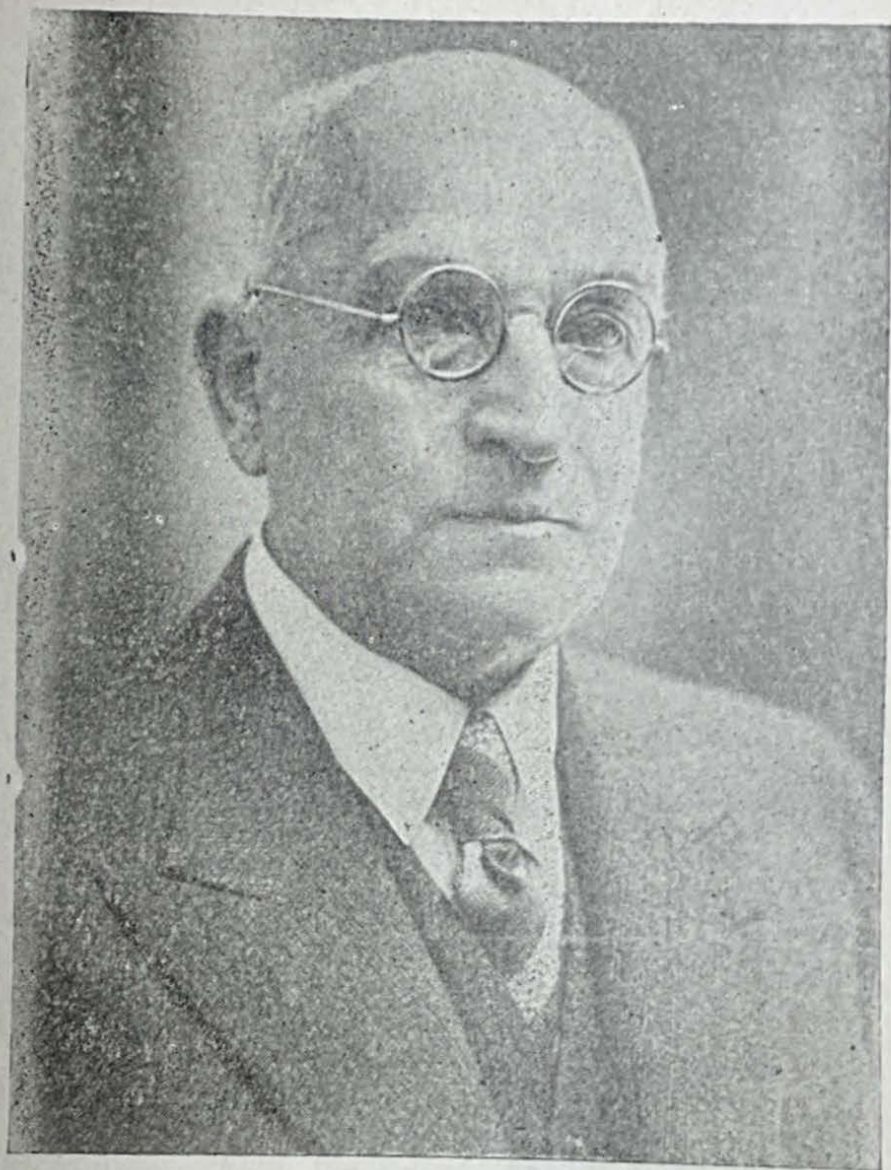
Discurso pronunciado por el Dr. Manuel Cuéllar, haciendo reseña de la vida del Instituto durante cincuenta años

Señores:

Una feliz coincidencia ha hecho que yo me encontrara en esta ciudad en las proximidades del día en que el Instituto Médico «Sucre» debía festejar sus bodas de oro. A pesar de que pensaba marcharme al exterior en los primeros días de enero, mis colegas me insinuaron postergara mi viaje hasta pasadas las fiestas del 3 de febrero pues, siendo miembro fundador y Presidente Honorario del Instituto, no era natural que yo no los acompañara en tan clásica fecha. Acepté con el mayor placer esa insinuación y tal es el motivo por el que tengo el honor de presidir este acto.

Hace cuatro años, al leer mi última Memoria en la sesión pública del Instituto el 3 de febrero de 1941, al despedirme de mis colegas decía: «Seguramente esta será la última reunión de este género a la que yo asista, pues mi avanzada edad y sobre todo mi quebrantada salud me obligan a salir al exterior por tiempo indefinido y temo que no vuelva más a incorporarme a vuestro seno». La Providencia ha sido benévola conmigo concediéndome unos años más de vida, proporcionándome la satisfacción de encontrarme una vez más reunido a mis distinguidos colegas del Instituto Médico.

Festejamos en estos momentos un fausto acontecimiento: las bodas de oro de nuestra Sociedad, acontecimiento notable si se tiene en cuenta lo efímero de la vida de casi todas las sociedades científicas o literarias que se han fundado en nuestro país, pues, que yo sepa, aparte de la Sociedad Geográfica en Sucre, que



Dr. MANUEL CUELLAR,
Pdte. Honorario del Instituto y único sobreviviente
de sus fundadores

es un poco más antigua que la nuestra, no hay otra que haya alcanzado sus cincuenta años.

Es costumbre en las sociedades científicas, al festejar su cincuentenario, echar una mirada al pasado, recordar sus orígenes y mostrar su labor en el medio siglo de su existencia. A petición de mis colegas, voy a llenar esta misión, por ser ya el único sobreviviente que conserva la tradición de la Sociedad y antes de que el hielo de la senectud entorpezca mi memoria.

Al bosquejar la historia del Instituto, tendré que hacer, muy a pesar mío, algunas referencias a mi persona, pues de otro modo no se explicarían bien ciertos hechos ocurridos en el seno de nuestra sociedad.

Muy joven, apenas adolescente, marché a París con el propósito de hacer en la Ville Lumière mis estudios de Medicina. Terminada con éxito mi carrera, volví al país; salí muy joven, volvía hombre. A pesar de tan larga ausencia, conservaba un grande amor a mi Patria y un inmenso deseo de servirla.

Gobernaba en esa época el gran patricio don Aniceto Arce, al que me ligaban viejas relaciones de familia y un cariño casi paternal que ese gran hombre me profesaba.

A mi llegada a Bolivia, como era costumbre en aquellos tiempos, se me quiso dar Licencia para el libre ejercicio profesional en mi calidad de médico extranjero, ofrecimiento que lo rechacé por razón de que esa costumbre había dado lugar a muchos abusos que desprestigiaban a nuestro país y que yo me proponía combatirlos y, por consiguiente, no podía yo aceptar esa gracia para mi persona.

Seguí los procedimientos ordinarios para esos casos; me presenté ante las autoridades respectivas con los siguientes documentos perfectamente legalizados: Diploma del Estado de Médico y Cirujano de la Facultad de Medicina de París, diploma que da derecho a ejercer la profesión en Francia y sus colonias, en las mismas condiciones que los franceses. Ese título rara vez

lo adquieren los extranjeros, pues se les da generalmente el Diploma Universitario que no da derecho al ejercicio en Francia. Presenté además el Diploma de Miembro titular de la Sociedad Anatómica de París, el de miembro de la Sociedad de Medicina y Cirugía Prácticas de París, títulos que desde entonces y aun hasta ahora, que yo sepa, ningún boliviano los había obtenido; sin embargo, se me pusieron muchas trabas. El Tribunal Médico, la primera medida que tomó fué la de ordenar que no debían despachar mis recetas, y pasaron semanas en interminables trámites.

Entretanto, sugirió al Presidente Arce que estableciera la Facultad Oficial de Medicina en Sucre, pues el estado caótico en que se encontraba la Instrucción Pública en ese entonces, especialmente en lo tocante a los estudios médicos, era insostenible. Con motivo de la Ley de Enseñanza Libre, bastaba ser un profesional con título para poder enseñar, y así se habían abierto cursos en varios puntos de la República. Era suficiente que un médico consiguiera unos alumnos y en su gabinete, año tras año, daba lecciones hasta hacerlos graduar de médicos. ¡Ya podéis suponer qué género de estudios se hacían entonces!

Aceptada mi insinuación, el Presidente la puso inmediatamente en práctica y la Facultad de Medicina se inauguró el 1º de febrero de 1892, con el siguiente personal: doctores Vaca Guzmán, Vásquez y Cuéllar. Se nos dió el local de los altos del Colegio Junín, que se encontraban en ruinas: salones sin puertas ni vidrieras, con poyos de adobe para asiento de los alumnos. El profesor no tenía dónde sentarse. Recuerdo que, desde la primera clase, hice pedir al portero del Colegio una silla desvencijada que la compré por unos cuantos reales. Ese fué el primer mueble de la incipiente Facultad. Mientras esto ocurría, los trámites para obtener mi reválida no terminaban, hasta que al fin se me exigieron pruebas draconianas en mi calidad de médico extranjero, las que, a pesar de todo, acepté. Pasadas éstas con buen resultado, se me autorizó el ejercicio

profesional, siempre en mi calidad de médico extranjero. ¡Seguía siendo forastero en mi propia tierra!

Estas contrariedades amargaron mi espíritu, pero no lo doblegaron. A pesar de que tenía porvenir y buenas perspectivas fuera de la Patria, resolví quedarme y seguir luchando para servir al pueblo en que nací.

En el ínterin, la Facultad seguía muy pobremente dotada. Apenas habíamos conseguido que se nos diera asiento y una mesita de pino a cada profesor. Por otra parte, no podíamos ser muy exigentes, pues en esa época las rentas nacionales no pasaban de seis a siete millones de bolivianos y, sin embargo, con esa escasa renta se atendían todos los servicios públicos porque entonces existía una grande honradez administrativa.

A pesar de todo, y por insinuación nuestra, se aumentaron dos profesores más. Ingresaron los doctores Valentín Abecía y Angel Ponce, y con motivo del retiro del doctor Vásquez se incorporó el doctor Arteaga. Ya éramos cinco.

La menguada situación en que se encontraba la Facultad, no podía prolongarse. Necesitábamos mejor local, biblioteca, laboratorios, clínicas... y si el Estado no podía suministrarnos estos elementos, ¿cómo conseguirlos? Desde luego, en ese grupo de profesores habían desaparecido los primeros rozamientos. Una comprensión cabal de las cosas y de las personas, a pesar de las diferencias de edad y de condiciones, trajo como consecuencia un sincero aprecio recíproco y una franca y estrecha amistad que en el curso de los años no se desmintió ni un momento.

Si el Estado no podía darnos los medios que se requerían, era preciso que ese grupo se los arbitrara por sí, lo que a primera vista parecía una locura; pero consecuente con ese principio que siempre he sostenido, de que nada hay imposible para una voluntad o un grupo de voluntades que persiguen con fe y energía un ideal, acometimos lo que parecía irrealizable. Con ese motivo organizamos una agrupación médica que bien podía haberse llamado Academia, Sociedad de Me.

dicina, o cosa parecida; pero como su fin en esos momentos era principalmente el de buscar material para la enseñanza, se le dió el nombre que hoy lleva. Fué entonces que se fundó el Instituto Médico.

Comenzamos por organizar una biblioteca. Años antes, el doctor Núñez, a su muerte, había legado a su maestro, el doctor Cuéllar, padre, su biblioteca y éste la había pasado a una Sociedad Médica que funcionaba entonces. Disuelta esa Sociedad, mi padre la había entregado en depósito a la Biblioteca Nacional; era, por consiguiente, fácil obtener que nos la cediera, lo que se obtuvo sin inconveniente, mas para colocarla, había necesidad de habilitar una habitación e instalar una estantería. Para eso necesitábamos dinero. Entonces acordamos acuotarnos; yo cedía todos mis sueldos de profesor indefinidamente al Instituto; los demás socios, conforme a su situación económica, dejaban un porcentaje en el mismo carácter; y este acuerdo, señores, se cumplió religiosamente en un periodo de cerca de tres lustros. Ya teníamos fondos y podíamos comenzar, aunque modestamente, a realizar nuestros proyectos. Debíamos, de pronto, buscar los elementos precisos para la enseñanza, pero nuestro programa era más amplio.

En ese entonces hallábase el Cuerpo Médico sin cohesión, relajados los vínculos que estrechan, dentro de la deontología médica, las relaciones profesionales; carecía el país de una Corporación cuya palabra autorizada pudiera asesorar a los Poderes Públicos en los asuntos de Higiene y Salubridad y demás problemas científicos que tanto se rozan con las instituciones de una nación, siquiera medianamente organizada; estudiar las enfermedades locales y sobre todo aquellas epidemias que con frecuencia asolaban al país; estudiar y poner en práctica los medios de combatirlas. Este vasto programa llegó a realizarlo el Instituto sobre todo durante los primeros lustros de su vida.

El Instituto llegó a ser el centro de unión de todos los médicos; y, con su ejemplo, las relaciones profesionales se suavizaron. No sólo la corrección, sino la

cultura y la cortesía, se generalizaron y el cuerpo médico de Sucre, completamente unido, llegó a ser un verdadero «cuerpo»; llegó a tener gran prestigio en ciertos momentos y una gran influencia en todo orden.

Los poderes públicos respondieron a nuestros propósitos y durante mucho tiempo el Instituto llegó a ser el asesor escuchado y respetado en todo orden. Las enfermedades endémicas, sobre todo las epidémicas que azotaban al país, fueron cuidadosamente estudiadas y, en primer lugar, la viruela que era la más temible de todas. Se estudió también la manera de combatirla, lo que dió por resultado, un poco mas tarde, a la creación de la Oficina de Vacuna Antivariolosa.

Instalada ya nuestra biblioteca, tratamos de aumentarla obsequiando nosotros los libros que pudimos. Nos dirigimos a los colegas de Sucre y a todos los que habían estudiado en esta Universidad, pidiéndoles su ayuda. Muchos respondieron. El doctor Manuel Cuéllar, padre, que aun vivía, cedió de su propia biblioteca un buen lote de libros y así la nuestra creció en poco tiempo. Luego instalamos el laboratorio de bacteriología sobre la base del particular mío que traje de Europa y que lo cedí al Instituto (fué el primer laboratorio de bacteriología que vino a Bolivia). Instalamos en seguida el laboratorio de química, a base del particular del doctor Gerardo Vaca Guzmán, que también lo cedió al Instituto en la misma forma.

A medida que progresábamos, nuestra ambición y entusiasmo aumentaban. Nos faltaban muchas cosas que había que pedirles a Europa; pero para eso necesitábamos dinero, del que carecíamos, hasta que se nos presentó la ocasión propicia. Nuestro común amigo don Carlos Arce, personaje de fortuna, que tenía importantes negocios en Europa y que era un hombre patriota, progresista y desinteresado, nos ofreció hacer por su cuenta los pedidos que necesitáramos, corriendo con todos los gastos, a cargo de que le pagáramos su importe a medida de nuestras posibilidades. Naturalmente

no desperdiciamos ocasión tan propicia. Se hicieron los pedidos que tardaron algo en llegar y fué con ese material, ya bastante completo, que hicimos la inauguración oficial del Instituto, dándole el nombre de «Instituto Médico Sucre», el 3 de febrero de 1895, en homenaje al Gran Mariscal de Ayacucho, con motivo de las fiestas que se celebraron en esta Capital en el centenario de su nacimiento y hoy, con el mismo fervor, conmemoramos el 150º, aniversario del nacimiento del Padre de la Patria.

A poco de esto, ingresaron en calidad de socios los doctores Nicolás Ortíz y José Manuel Ramírez, que nos prestaron una importante y valiosa colaboración.

Nuestra ambición aumentaba a medida de nuestros progresos; necesitábamos un local amplio y propio que se adaptara a nuestras necesidades, hasta que encontramos la magnífica casa que hoy poseemos, mas como no teníamos el dinero preciso para pagarla, tuvimos que tomar un préstamo del Banco Hipotecario por la mitad del valor de la propiedad, pero en cambio debíamos pagar cada semestre una fuerte suma por amortización e intereses, tanto más que habíamos tenido que hacer trabajos importantes para adaptar la casa a nuestras necesidades y a las de la Facultad de Medicina, que era nuestra hija adoptiva.

Con esto, nuestros recursos se agotaron por completo y a fin de salvar esa situación, llegamos a hacer un arreglo con el Gobierno por el que le cedíamos la propiedad de la casa, a condición de que se hiciera cargo del servicio de amortización e intereses; pero dejándonos el usufructo del edificio, debiendo correr por nuestra cuenta los gastos de conservación.

Así pasó el tiempo hasta el año 1928, en que se logró un arreglo con el Gobierno, en virtud del cual, a título de compensación por una fuerte suma que se nos debía por subvenciones no pagadas, nos dejaba en propiedad definitiva la casa que ocupamos. Este acuerdo fué ratificado por las Cámaras y se promulgó la Ley respectiva el 27 de noviembre de 1928 y el 17 de octubre del siguiente año, el doctor Osorio, que entonces

desempeñaba la Presidencia del Instituto, tomó posesión judicial de la casa, en representación de éste, con todas las formalidades de ley. Ese fué el proceso por el que llegamos a adquirir y ser dueños absolutos de esta casa.

LABORATORIO DE QUIMICA.—Con los pedidos que se hicieron a Europa, este laboratorio quedó muy bien montado y su competente Jefe, el Dr. Vaca Guzmán, se dedicó a trabajar con empeño. Los poderes públicos, en sus distintas reparticiones, acudían a ese laboratorio para hacer efectuar análisis de diferentes clases, especialmente de Medicina Legal; la Municipalidad, para analizar alimentos y bebidas; los médicos para análisis biológicos, y los particulares, en fin, para distintos ensayos, especialmente los aficionados a la minería que constantemente traían muestras.

El mismo doctor Vaca encontró un nuevo procedimiento para tratar por precipitación los minerales argentíferos, ricos en plomo y zinc, en los que el procedimiento por lixiviación no daba resultado. Este fué un descubrimiento importante que benefició enormemente a la minería del país. Este procedimiento fué patentado en Estados Unidos y varios países de América.

Es en ese mismo laboratorio que se analizó el petróleo que descubrí en mi expedición al Chaco. El resultado que dió el análisis, fué que las muestras que había presentado, indicaban que era un petróleo de primera calidad. Este resultado fué corroborado después por ensayos que mandamos practicar en laboratorios de Europa y Estados Unidos. Es allí que se hizo la purificación del petróleo bruto que trajimos de muestra y es con ese producto que nos alumbramos durante muchas noches los caballeros que formamos la primera Sociedad para la explotación del petróleo en Polivia.

El petróleo, en aquellos tiempos, no tenía la importancia de ahora. No se sospechaba siquiera la existencia de automóviles y motores a explosión. Sólo servía para el alumbrado y no tenía por consiguiente las múltiples aplicaciones y la importancia de hoy.

Esa Sociedad a que me refiero (el Sindicato de Petróleo de Sucre), hizo los primeros estudios y las primeras perforaciones en Bolivia; gastó varios centenares de miles en esos estudios, desgraciadamente sin beneficio para sus accionistas; pero en cambio dejó a nuestro país esa enorme riqueza que ahora es el porvenir de nuestra patria. No se debe olvidar que fueron sucrenses los que descubrieron el petróleo, sucrenses los que hicieron los primeros estudios, resolvieron el problema de su existencia y de su explotación.

Esta repartición nunca cobró remuneración alguna; sólo hacía pagar el valor del material empleado. Naturalmente este laboratorio estaba a disposición de la Facultad de Medicina para los fines de enseñanza. Esta sección del Instituto funcionó regularmente durante más de quince años y a la muerte de su jefe, el doctor Vaca Guzmán, se fué apagando y quedó reducido únicamente para la enseñanza de la Facultad de Medicina.

OBSERVATORIO METEOROLOGICO.— Este importante compartimiento comenzó a funcionar desde que se organizó nuestra Sociedad, con material reducido al principio, bajo la dirección del doctor Abecia. Poco a poco fué completando sus instalaciones. Fué el primer Observatorio que se montó en Bolivia y cuyas observaciones fueron no interrumpidas durante un período de más de veinte años. En un artículo de nuestro colega, el doctor Jaime Mendoza, titulado «Apuntes sobre la historia de la meteorología en Sucre» y publicado en nuestra Revista, se refiere a la meritoria y tenaz labor del doctor Abecia y cuando se retiró éste como jefe de esa sección para ir a llenar a la sede del Gobierno sus funciones de Primer Vicepresidente de la República, en el último aparte dice: «Después con la impulsión de otro de nuestros insignes maestros, el doctor Mannel Cuéllar, espíritu bien templado y de férrea disciplina, supo dar a la sección de meteorología del Instituto Médico un rumbo más próspero y científico».

Se llamó para dirigir esa sección, a un especialista, el señor Constant Lurquin. En esos momentos el Observatorio se encontraba completo, con instrumentos

registradores de la casa Richard de París, de la mejor calidad, y una porción de aparatos secundarios. Este observatorio no tenía que envidiar a los mejores de América. El señor Lurquin, persona muy competente y seria en sus compromisos, tomó con entusiasmo ese cargo. Se dedicó con gran paciencia a sus observaciones meteorológicas, se le encargó además que hiciera una corrección y revisión de las observaciones practicadas anteriormente y, en esas condiciones, las observaciones merecían entera fe. El señor Lurquin hizo una serie de importantes estudios sobre la climatología de Sucre y asistió al segundo Congreso Científico Panamericano reunido en Washington el 27 de diciembre de 1915 como delegado del Instituto Médico «Sucre» y presentó importantes trabajos que fueron también publicados en nuestra Revista pero, desgraciadamente, esos importantes estudios, que yo sepa, nadie los ha aprovechado hasta ahora y seguramente hay mucha gente en Sucre mismo que ni sabe que esas publicaciones existen. De que se marchó a Europa el señor Lurquin, esa sección quedó a cargo de los doctores Araujo y Mendizábal y siguió funcionando un cierto tiempo más, pero después de varios años de ausencia, cuando regresé al país, encontré que el Observatorio ya no funcionaba desde hacía tiempo.

Ahora que el Instituto se propone reorganizar y dar nuevo impulso a todas sus secciones, es de esperar que reponga esta en las condiciones de antes.

SECCION DE VACUNA.—He de ocuparme ahora de la obra más importante del Instituto. Me refiero a la creación de la sección de vacuna antivariolosa. Ya dije anteriormente que el Instituto no se ocupaba sólo de incrementar su material científico sino también y con preferencia de los asuntos de salubridad e higiene públicas.

En aquellos tiempos era la viruela la enfermedad que con mayor rigor asolaba a toda la República. Aquí, en Sucre, hubo epidemia que llevó el diez por ciento de la población total en los años 1888 y 1889. Du-

rante algunas sesiones, habíamos estudiado este asunto con marcado interés y tratábamos de buscar el remedio a esa situación, que no podía ser otro que el de hacer una vacunación intensiva en todo el país; pero para eso se necesitaban grandes cantidades de vacuna y en ese entonces, ésta era muy escasa, y con la poca que había se practicaba la vacunación de brazo a brazo, procedimiento muy peligroso y hoy abandonado por completo.

Establecer en el país una oficina de vacuna que llenara las condiciones precisas, era una necesidad. Hicimos indicaciones y sondeos y nos convencimos que para el efecto no podíamos contar con la ayuda de los poderes públicos. Acostumbrados ya a no arredrarnos por nada, resolvimos acometer la empresa por nuestra propia cuenta. Desgraciadamente, en esos momentos contábamos con escasísimos recursos; de manera que teníamos que proceder con una grande economía.

Conseguí que un amigo nuestro, el señor Tomás Prout, nos prestara una ternera que tenía, muy apropiada para el caso, y en compañía de los colegas Ortiz y Ramírez, la llevamos a casa donde teníamos alguna comodidad. Hicimos la vacunación del animal con el mayor cuidado y lo atendimos en la misma forma, hasta el momento de la recolección. Hicimos luego algunas pruebas en varios niños, con magnífico resultado, que produjo el entusiasmo de los demás colegas del Instituto. Hicimos después otras dos vacunaciones en las mismas condiciones, siempre con el mismo buen resultado. Entonces el Instituto resolvió instalar la sección de vacuna antivariolosa en su propio local. Se iniciaron los trabajos respectivos, se adaptó el laboratorio de bacteriología para que sirviera a preparar la vacuna y las ampollitas de vidrio para su envase, en las mismas condiciones que se hace ahora con mejores aparatos.

El entusiasmo de todos los miembros del Instituto para hacer las vacunaciones era enorme. Todos los días cada uno salía acompañado de dos estudiantes y practicaban vacunaciones en las casas, colegios, escue-

las, mercado, salidas del pueblo y sus alrededores, hasta que no hubo en Sucre persona que no estuviera vacunada. Naturalmente los resultados no se dejaron esperar. La viruela, que casi era endémica en ciertas épocas del año, desapareció en Sucre por completo, a tal punto que muchos estudiantes de medicina terminaron su carrera sin haber visto un solo caso de esa enfermedad.

Concluída que fué la instalación de la Oficina de Vacuna, se nombró Jefe de esa sección al doctor Arteaga, quien la hizo funcionar durante un cierto tiempo hasta que con motivo de su viaje a Europa dejó el cargo, que se lo encomendamos al doctor Ortiz, el que lo desempeñó durante muchos años con el mayor entusiasmo y competencia.

Comenzó a acreditarse nuestra vacuna; de todas partes nos la pedían especialmente los particulares, luego las Municipalidades, y a todos atendíamos sin cobrar un centavo. Nuestro propósito era generalizar la vacunación en el país.

En mi memoria leída en este mismo lugar el año 1903, en la parte pertinente decía: «pasa con este Centro un fenómeno curioso, talvez único en su especie, esto es que una Sociedad particular, sin subvención especial del Estado, provea gratuitamente de vacuna a toda la nación y a cuantos se la piden, pagando hasta los gastos de transporte». «En todos los países, los Institutos de Vacuna son sostenidos por el Estado que emplea en ellos fuertes sumas y a pesar de eso la vacuna se vende cara y el Instituto no cobra nada».

Pero como los gastos de la oficina eran fuertes, nuestra situación económica se hacía insostenible. Pedimos entonces a las Municipalidades, cuyos pedidos atendíamos, que nos señalaran una subvención equitativa, a lo que accedieron casi todas. Con esa ayuda ya pudimos sostenernos; luego el Gobierno nos señaló también una pequeña subvención (generalmente mal pagada). El Instituto gastó hasta su último centavo para sostener la oficina de Vacuna, sacrificando las demás secciones pues que, dada la importancia de la pri-

mera, pasaban estas a segundo plano. Se dismanteló el laboratorio de bacteriología en beneficio de la Vacuna.

En nuestras sesiones habíamos visto que no se podía combatir eficazmente la viruela sino dictando una ley que hiciera obligatoria la vacunación en la República y en ese sentido elaboramos un proyecto que lo remitimos a las Cámaras, el que tuvo buena acogida, y se promulgó la ley de 21 de octubre de 1903 sobre vacunación y revacunación obligatorias en toda la República. Según el artículo 3º. de la misma Ley, se encomendaba al Instituto Médico «Sucre» el cuidado de proveer la vacuna a todas las municipalidades del país, debiéndose fijar todos los años una partida especial en el presupuesto nacional como subvención al Instituto por ese servicio.

Con esta ayuda, podíamos ya atender ampliamente las necesidades de la sección de vacuna y también reservar algunos fondos para las demás secciones que habían sido desatendidas. Si los gastos del servicio de la Oficina eran fuertes, en cambio el capítulo «sueldos» era insignificante pues que los miembros del Instituto que la atendían no podían tener remuneración alguna, conforme a la práctica establecida en nuestra Sociedad y aun los empleados subalternos, que eran estudiantes, prestaban abnegadamente sus servicios ad-honorem o con sueldos miserables y esto nos significaba un ahorro enorme para la Sociedad.

Con la ley de vacunación obligatoria, Bolivia dió un paso importante en el camino de la higiene pública. A medida que pasaba el tiempo, nuestra vacuna era cada día mas apreciada, aun en el extranjero, pues el Director del Instituto de Vacuna Animal de Santiago de Chile, Monsieur Bernard, se nos dirigió pidiéndonos unas ampollas para regenciar la vacuna chilena que por causas desconocidas había degenerado por completo.

El año 1905 tuve que ausentarme a Chile por asuntos particulares en momentos en que una formidable epidemia azotaba ese país. Yo llevé conmigo una buena porción de vacuna. Ya en Antofagasta, sabien-

do que llevaba vacuna boliviana, que era conocida, me asediaron con pedidos y me di cuenta que de Chile próximamente nos harían fuertes pedidos y telegrafíe a mis colegas del Instituto que de inmediato prepararan grandes cantidades de vacuna, sin omitir esfuerzos.

En Valparaíso, la epidemia era espantosa, allí también distribuí algunas ampollas y llegando a Santiago me entrevisté con M. Bernard, Director del Instituto de Vacuna, con el que ya habíamos tenido relaciones. Dicho señor me presentó a los miembros de la Junta Central de Vacuna, los que en esos momentos estaban haciendo ensayos con diferentes clases de vacuna: suiza, francesa, argentina, etc. y me propusieron hacer la misma experiencia con la vacuna boliviana, a lo que me presté gustoso. Pasado el período reglamentario, se vieron los resultados: la vacuna boliviana fué la única que dió el 100% de éxito, luego vino la suiza con 75% y las demás en menor proporción. Este resultado no pudo ser mas halagador para mi amor propio nacional. Allí mismo me pidieron si les podía proporcionar alguna cantidad de vacuna, les contesté que si bien nuestra instalación era modesta, les podíamos mandar una cantidad para algunos miles de vacunaciones y allí mismo redacté un telegrama al Instituto pidiendo que a vuelta de correo mandaran vacuna para 10,000 personas. El personal de la Junta quedó asombrado, pues nunca pensaron que hubiese en Bolivia una institución tan bien montada. En efecto, a vuelta de correo, llegó la vacuna pedida y después, durante mucho tiempo, se hicieron nuevas remisiones y el Instituto se dió el lujo, por prestigio del país, de no cobrar ni un centavo.

Transcribo un párrafo de crónica de la «Tribuna Médica» de Santiago y la nota del Presidente de la Junta Central de Vacuna: «El doctor Manuel Cuéllar.—Estuvo en Santiago algunos días el distinguido cirujano sucrense doctor don Manuel Cuéllar. El ilustrado colega es Presidente del Instituto Médico «Sucre», corporación técnica que tiene a su cargo en Bolivia la pre-

paración de la vacuna. La vacuna de Bolivia ha tenido en Chile espléndidos resultados en el Instituto de Vacuna Animal. Además, envió a nuestro Gobierno diez mil ampollas con objeto de ayudar a la extirpación de la epidemia que diezma nuestras poblaciones. Fué nuestro deseo saludar personalmente al doctor Cuéllar para presentarle los respetos de la Tribuna Médica; desgraciadamente cuando pudimos acercarnos a su domicilio, ya se encontraba en Valparaíso. En todo caso, estas líneas le llevarán nuestros saludos» La nota dice: «Junta Central de Vacuna — Santiago, 25 de septiembre de 1905.—Tengo el agrado de acusar recibo a sus atentas comunicaciones de fechas 29 de agosto y 5 de septiembre, como asimismo de las remisiones de vacuna animal que se ha servido hacernos. Muy comprometida la Junta Central de Vacuna de Santiago que tengo el honor de presidir, por la bondadosa atención del Instituto Médico «Sucre», me encarga manifestar a usted su gratitud y reconocimiento por el valioso obsequio que se le ha hecho. Al cumplir este agradable encargo, debo dejar también testimonio de la excelente calidad del fluido vacuno preparado en ese Instituto, pues el que hemos usado hasta hoy ha tenido uniformemente un 100% de éxito en las distintas zonas del país en que ha sido empleado. Con sentimientos, etc. (firmado) Vicente Izquierdo.—Al señor Presidente del Instituto Médico «Sucre».

A pesar de estos éxitos, el Gobierno, o no pagaba o pagaba mal la subvención, no obstante nuestros reclamos. Nada puede mostrar mejor esa situación que el Informe que nuestro colega el doctor Abecia, que en su calidad de Cancelario de la Universidad pasó al Ministro de Instrucción en 1904 y que, en su parte pertinente, dice: «Apenas el espíritu, señor Ministro, cuando se ve que las aspiraciones más nobles y santas son aplastadas en nuestro país por las condiciones propias de su manera de ser y que el esfuerzo particular de los que se han constituido en apóstoles de la ciencia, tenga que estrellarse ante la falta de pequeños recursos, que sea dicho de paso, en homenaje a la verdad, pare-

cería locura escatimarlos. El cultivo y propagación de la vacuna que libra de la muerte a millares de existencias; el beneficio de los metales argentíferos por el procedimiento de precipitación, invento que constituirá una fuente de riqueza para el país y otros muchos estudios útiles y prácticos que se hacen en el Instituto Médico, no se han tenido en cuenta».

Con diversas alternativas, la Oficina de Vacuna fué mejorando sus instalaciones hasta que en diciembre de 1912 el Congreso, obedeciendo talvez a sugerencias interesadas, nacionalizó la sección de vacuna, propiedad exclusiva del Instituto Médico, sin haber seguido los trámites legales para una expropiación. Inmediatamente reclamamos al Gobierno por ese acto que era un verdadero atentado. En mi nota de reclamo, decía al ministro de Gobierno: «Sabido es por todos que, desde su iniciación, el Instituto ha dedicado a la Sección de Vacuna todos sus esfuerzos y consagrado lo mejor de sus recursos, hasta hacerla surgir y ponerla en las condiciones en que actualmente se encuentra. Nacionalizar esa oficina, sin los trámites legales, separándola del Instituto so pretexto de que estando ya bien organizada podría marchar sola, nos produjo una impresión demasiado dolorosa, parecida a la que debe sentir una madre a la que se le arranca el hijo de sus entrañas. Pero dejando de lado la parte sentimental de este asunto, no se debe olvidar que las diferentes secciones del Instituto son partes de un mismo todo, son miembros de un solo cuerpo, siendo todas ellas solidarias prestándose ayuda recíproca» y otros argumentos más que sería largo reproducir. No nos fué difícil convencer al ministro de lo ilegal de esa medida y el Gobierno resolvió dejar las cosas como estaban y que la partida presupuesta pasaría al Instituto bajo la forma de suvención como antes. Esta medida produjo satisfacción en la mayoría de los socios, descontento en algunos de los interesados. Felizmente la cosa no pasó a más y esa pequeña grieta que por primera vez se producía en el seno del Instituto, se calmó luego.

A principios del año de 1914 me marché a Euro-

pa por tiempo indefinido, pero dejando las cosas en el mismo estado. Algún tiempo después de mi partida, supe que nuevas intrigas habían obtenido se restablezca la nacionalización de la sección de vacuna, con presupuesto especial. Se nombró una frondosa planta de empleados muy bien remunerados, al Jefe de esa sección se dió el nombre de Director. Se fijaron además partidas para el sostenimiento de esa Oficina, pero el Instituto quedó sin recursos. Desgraciadamente se habían introducido las ideas del siglo; el espíritu de desinterés y de abnegación que dominaron durante los primeros tiempos desapareció, los resortes morales se aflojaron.

Después de muchos años de ausencia, volví al país y encontré las cosas del Instituto en ese estado; fuera de la oficina de vacuna, las demás secciones no funcionaban. Era tal la pobreza del Instituto, que hacía tiempo no habían hecho las reparaciones indispensables de la casa. En la secretaría no existía ni una hoja de papel. A poco de mi llegada, mis colegas me encomendaron nuevamente la Presidencia del Instituto y desde las primeras sesiones les manifesté que no debíamos permitir que nuestra sociedad quedara en ese estado y después de un intenso cambio de ideas, el Instituto resolvió recoger su sección de vacuna. A pesar de que esa medida podía traernos resentimientos agudos, la llevamos a cabo con energía. Ante todo había que salvar el Instituto sin fijarse en consideraciones de ninguna clase. Se hicieron activas gestiones ante el Gobierno, aduciendo razones incontrovertibles que no creo necesario repetir, y esto produjo la renuncia colectiva del personal de la Vacuna, renuncia que fué aceptada por el gobierno. Después, el Prefecto llamó al Presidente del Instituto para comunicarle que había recibido orden del Ministerio que, a raíz de la renuncia del personal de la Vacuna, se hiciera cargo de esa oficina con carácter provisional a fin de no interrumpir el servicio mientras el gobierno nombre nuevo personal de esa oficina. Esta Presidencia respondió que en esas condiciones no podía aceptar la proposición del señor Prefecto, que la oficina de vacuna era propiedad exclu-

siva del Instituto y que sólo aceptaría siempre que se le entregue sin condiciones. Luego el que habla recibió telegráficamente nombramiento de Director de esa oficina y telegráficamente también contestó no aceptándolo pues mal podía el Presidente del Instituto aceptar una situación que a su juicio era perjudicial y depresiva a los intereses de la Sociedad. Después de varias conferencias celebradas con el ministro de Gobierno, se resolvió al fin hacer la entrega de la oficina de vacuna al Instituto en las condiciones fijadas por esta Presidencia. Este acuerdo fué sometido a la consideración de la Sociedad y se resolvió que el Instituto reincorporase a su seno la Sección de Vacuna, debiendo desenvolverse ésta dentro de las prescripciones del Estatuto y Reglamento Social. Se resolvió asimismo que el Jefe o Jefes de esa sección, nombrados por el Instituto, deberían prestar sus servicios ad-honorem, como se había hecho en otros tiempos, quedando en consecuencia la partida correspondiente a sueldos, en beneficio de la Sociedad.

Se encargó a la Presidencia reorganizar esa sección en las mejores condiciones posibles. Hecho esto, se nombró jefes de esta sección a los doctores Aniceto Solares y Armando Solares Arroyo, quienes trabajaron con empeño, quedando después sólo el doctor Solares Arroyo, el que ha seguido hasta ahora desempeñando el cargo con asiduidad que lo honra. Desde entonces, la Oficina ha seguido marchando con regularidad y conservando siempre la buena calidad de sus productos.

Hay un punto que ha intrigado mucho a los hombres de ciencia, y es saber a qué se debe la buena calidad de la vacuna del Instituto, no superada por ninguna otra. Desde luego, hay en el exterior institutos mucho mejor montados que el nuestro, con personal competentísimo y, sin embargo, sus productos no le igualan. Por mi parte, creo que ese resultado se debe a la calidad de nuestro ganado: terneros rústicos, criados en el campo, casi en estado salvaje, lejos de los centros poblados, no tienen las enfermedades que aque-

jan a los animales de raza o criados a pesebre y por consiguiente tienen especialísimas condiciones. Esta opinión la doy por lo que pueda valer.

Otra obra trascendental que realizó el Instituto fué la de haber implantado en el país la cirugía moderna. Era la época de transición en que las teorías pasteurianas con la antisepsia y la asepsia apenas comenzaban a aplicarse en Europa misma y no habían llegado aún aquí. Los desastrosos resultados de las pocas operaciones que se habían practicado en el país eran demasiado conocidas, y con justa razón el público y los mismos médicos tenían horror al bisturí. La práctica de los partos se hacía también en condiciones desastrosas y la mortalidad puerperal era enorme. La limpieza y el aseo no se conocían, menos aún la autiseptia. En el hospital no existía, no digo una sala de operaciones, ni siquiera una habitación apropiada para el caso. Los enfermos se operaban en la sala común, en su propio lecho, al lado de tíficos y erisipelatosos, en medio de la inmundicia, con hilas, pomadas, etc. y por hábil que fuera un cirujano, operando en esas condiciones, tenía todas las probabilidades de llegar a un desastre.

Por consiguiente, al principio, a los pocos valientes que se prestaron a ser operados, había que tratarlos en su propia casa. El cirujano tenía que preocuparse desde hacer la limpieza del local, desinfectarlos, preparar personalmente apósitos, instrumental, buscar ayudantes que fueran limpios y que tuvieran nociones ligeras de asepsia. ¡Qué labor tan pesada! Y sin embargo había que proceder así porque un solo fracaso (dado el medio reinante) habría desacreditado y retardado por mucho tiempo la implantación de la cirugía moderna en Bolivia.

Como he dicho antes, en las condiciones en que se encontraba el hospital, no era posible operar allí a la gente del pueblo o personas de medianos recursos y el Instituto instaló en su local una salita de operaciones modestamente montada, donde se practicaron muchísimas operaciones y siempre con éxito. Con estos

resultados, la gente del pueblo y el público en general comenzaron a tener confianza, vieron que el bisturí no mataba siempre y que más bien curaba con frecuencia y rapidez. Poco a poco los éxitos operatorios en Sucre se fueron conociendo en el resto de la República; comenzaron a afluir los enfermos de todas partes para ser operados. A medida que el medio ambiente mejoraba, la amplitud de las operaciones se extendía y poco a poco la práctica quirúrgica moderna se fué generalizando entre médicos y estudiantes, hasta llegar a lo que es ahora.

En aquellos tiempos algo desastroso pasaba también con las puérperas. La mortalidad era enorme, la fiebre puerperal reinaba sin control, lo que no era extraño dados los procedimientos que se empleaban entonces con las parturientas. Desde que comenzaban los primeros dolores, y aun antes, la parturienta no debía tocar agua; luego se buscaba una habitación oscura, se la ponía en cama con el famoso ropón (lienzo grueso o cortinaje que cubría completamente el catre); se cerraban puertas y ventanas; el aire, la luz y el agua eran enemigos mortales y para mayor garantía se ponía guantes a la enferma. El médico no observaba nunca a la enferma, a menos de distocia. Durante el desembarazo se ponían en la cama de la paciente, cueros de cordero que se cambiaban a medida que se empapaban y por último se presentaba la famosa partera y esta mujer, repugnante por su suciedad, llevaba con frecuencia el contagio de la fiebre puerperal. La desembarazada, durante ocho días, permanecía bajo su ropón, a oscuras, tomando durante ese tiempo solamente un poco de caldo sin sal. Combatir esos procedimientos arraigados fué obra de romanos. Decir a una mujer: «señora, antes del parto tomará usted un buen baño de aseo; para su desembarazo buscará la habitación más amplia, con bastante aire y luz, la cama sin ropón ni cortina de ninguna clase, pero sí con ropa bien limpia y de repuesto para cambiarla cuantas veces sea preciso, sin temor a los resfriados. El médico la observará a usted antes y durante el desembarazo para darse

cuenta de la marcha de éste y corregir alguna irregularidad que se presentara y, por último, no permitir que la «Petrona» (así se llamaba a la partera) ponga los pies ni al umbral de la casa. Después del parto, pero teniendo cuidado siempre de la mayor limpieza, usted podrá comer lo que le venga en gana y levantarse al séptimo día de cama», decir esto, repito, resultaba insólito entonces.

Ya se puede suponer el alboroto que produjo en el público semejante tratamiento. Fué preciso que la primera mujer valiente que se prestó a ese tratamiento tuviera mucho coraje. En el público creían que esa pobre estaba condenada a muerte, pero los hechos demostraron lo contrario. Esa mujer, a los siete días, se levantó fresca y rosagante, sin haber tenido un solo día de fiebre. A pesar de esto, los ánimos no se calmaban y hasta los curas y beatas gritaban contra la inmoralidad y escándalo (por el examen que hacía el médico) y amenazaban con pobladas. No obstante, se atendieron numerosos casos de mujeres valerosas, siempre con el mismo resultado favorable. Entonces los ánimos comenzaron a serenarse y poco a poco, médicos y público, entraron en la nueva corriente.

Esto me recuerda que una ocasión, en esta misma tribuna, relatando estos hechos decía: «Vosotros, médicos jóvenes y estudiantes de ahora, pensaréis que estas cosas pasaban hace 200 años; pero no, apenas pasan unos cuantos lustros y aun estamos lejos todavía de llegar al medio siglo».

La colaboración entusiasta que el Instituto prestó en ese orden, fué eficaz y efectiva y de grande importancia en sus resultados.

Al continuar la historia del Instituto, he de referir un hecho que si bien en sí es sencillo, muestra, sin embargo, claramente el espíritu de abnegación que reinaba en ese entonces en el seno de nuestra sociedad. En marzo de 1902 se declaró una epidemia que, según decían, hacía estragos en la Provincia del Azero, próxima al Chaco y se suponía fuera de fiebre amarilla, lo que produjo grande alarma. El Prefecto del Departa-

mento, en ese entonces el señor La Faye, convocó al Presidente del Instituto, al Tribunal Médico, al de la Municipalidad, para ver las medidas que se podían tomar para combatir ese flagelo. Se acordó que a la brevedad posible se debía mandar una comisión médica con un buen botiquín y los recursos precisos para combatir ese flagelo. Dos o tres días después de esto, el señor La Faye me hizo llamar en mi calidad de Presidente del Instituto, para decirme que a pesar de la buena remuneración que se ofrecía, por mucho que había hecho, no había conseguido un solo médico en Sucre que se prestara a desempeñar esa comisión y me pedía que el Instituto, que siempre ha dado nota de su patriotismo, le proporcionara el personal preciso. El Presidente del Instituto le contestó que la institución mandaría de su seno el personal preciso y que, dada la urgencia, podría éste marchar dentro de las 24 o 48 horas.

Inmediatamente se convocó a sesión extraordinaria urgente, a la que concurrieron todos los socios. El Presidente dió cuenta de lo ocurrido y su actuación fué unánimemente aprobada, procediéndose en seguida a nombrar el socio que debía marchar en esa comisión. Se votó por papeleta y fué designado el doctor Renjel. Este, contestó que, como era su deber, acataba las resoluciones del Instituto y que estaba dispuesto a marchar dentro de las 24 horas. Luego el Presidente encontró al joven médico doctor Domingo Guzmán, quien se prestó a acompañar a su maestro el doctor Renjel y todos tres nos encaminamos a la Prefectura para hacer los preparativos consiguientes y antes de las 48 horas, la Comisión marchaba a aquellas apartadas regiones, acompañada de todos los miembros del Instituto (que iban a caballo) porque entonces no se conocían autos ni cosa parecida y los despidieron hasta unas leguas de la población.

En cuanto a la remuneración ofrecida por el Prefecto, el Instituto no la aceptó. Este declaró que siempre el Instituto prestaba sus servicios ad-honorem.

Al regreso de la comisión, como recompensa al acto de patriotismo y abnegación del joven médico Domingo Guzmán, se lo incorporó como miembro del Instituto Médico. Esta recompensa moral le fué más grata que cualquier suma de dinero que hubiera recibido.

PRIMER CONGRESO MEDICO BOLIVIANO.— En fecha 8 de abril de 1925, el gobierno dictó el siguiente decreto supremo: «Considerando que el centenario de nuestra organización política necesita demostrar los avances de su vida intelectual, dando a conocer sus instituciones culturales y siendo un deber del supremo gobierno favorecer esos movimientos de cultura nacional, decreta: Se convoca para el mes de agosto próximo a dos Congresos científicos: un Congreso Médico en la Capital de la República y un Congreso Pedagógico en la ciudad de La Paz, etc». Pocos días después, el Ministro del ramo expidió el decreto de convocatoria, insignando al Instituto Médico «Sucre» para que se encargara de la organización y realización de dicho congreso. Pero, a consecuencia de varios inconvenientes, de carácter económico unos, y principalmente porque el tiempo señalado por el gobierno era demasiado escaso para preparar dicho congreso, el Instituto declinó el honor que se le había hecho. Con este motivo, el citado congreso fué aplazado indefinidamente.

A principios del año 1930, el supremo gobierno trató de hacer efectiva la realización del Primer Congreso Médico Boliviano, confiando nuevamente su realización al Instituto Médico «Sucre», el que aceptó gustoso hacerse cargo de ese trabajo, pues se le concedía todo el tiempo que fuera preciso para realizarlo. En marzo del mismo año, recibí una invitación del Círculo Médico de La Paz, en mi calidad de Presidente del Instituto, para viajar a esa ciudad con objeto de cambiar ideas, tanto sobre el plan del Congreso mismo, como sobre la manera mas práctica de llevarlo a cabo. Esta presidencia aceptó gustosa tal invitación y el Instituto le confirió amplios poderes para realizar su cometido.

Viajé a esa ciudad donde recibí la más cordial

acogida de parte de mis colegas del Círculo Médico y de todo el cuerpo médico en general y, en varias reuniones, nos pusimos de acuerdo sobre los principales puntos del plan general del Congreso. Vuelto a Sucre, en las principales sesiones del Instituto fijamos en definitiva todo el plan general y los detalles consiguientes. Se organizó el Comité Ejecutivo del Primer Congreso Médico Boliviano con el siguiente personal: Presidente doctor Manuel Cuéllar; Secretario General, doctor Jaime Mendoza; Tesorero, doctor Arcil Zamora; Vocales, doctores José Manuel Ramírez, Ezequiel Osorio, Aniceto Solares, Ml. Gerardo Pareja y Germán Orosco. Suplentes, doctores Raúl Fernández de Córdova y Armando Solares Arroyo. El programa aprobado contenía los puntos siguientes: 1º.—Geografía Médica del País; 2º.—Lucha Antipalúdica en Bolivia; 3º.—Lucha Antivenérea; 4º.—Lucha Antituberculosa; 5º.—Lucha antialcohólica; 6º.—Protección a la Madre y al Niño; 7º.—Legislación Sanitaria Nacional; 8º.—Organización de los Estudios Médicos en Bolivia. Se iniciaron los trabajos con el mayor entusiasmo; pero algún tiempo después tuve que ausentarme nuevamente a Europa por tiempo indefinido y no pude colaborar a mis colegas y menos asistir al citado Congreso que se instaló el 10 de septiembre de 1931. Se presentaron trabajos, algunos de verdadera importancia, todos los que fueron publicados por el Instituto en tres gruesos volúmenes que los distribuyó con profusión.

GUERRA DEL CHACO.—Habiendo estado ausente del país durante todo ese tiempo, no traigo recuerdos personales, pero transcribo algunos párrafos de la Memoria del Presidente de ese entonces, que muestran lo que pasó en esos momentos: «A mediados de julio, el país entero fué sacudido por la inesperada noticia de que el Paraguay, desentendiéndose de sus pactos y compromisos, se lanzaba a la guerra de conquista del territorio nacional del Chaco. Vibró en todos los espíritus la indignación del patriotismo ofendido y un clamor unánime pidió al gobierno la defensa por las armas de nuestra heredad y nuestros indiscutibles dere-

chos. El Instituto Médico que, desde su fundación, ha dado pruebas de un elevado civismo, no podía quedar indiferente ante el conflicto y desde el comienzo su Directorio acordó llamar a una asamblea general del cuerpo médico de la capital, como en efecto lo hizo, ofreciendo antes sus servicios al supremo gobierno, en los siguientes términos: Sucre, 20 de julio de 1932.—Presidencia República, Minguerra, Estado Mayor General.—La Paz.—Instituto Médico que presido acordó ponerse a disposición autoridades militares en actual conflicto, ofreciendo sus servicios incondicionalmente en la Sección Sanidad o en cualquier otra en que puedan ser aprovechados. (fdo.) Osorio, Presidente; A. Solares, Vice; Navarro, Secretario; Fortún, Tesorero; L. Tardío, Solares Arroyo, Vocales».

Como es natural, estos servicios fueron inmediatamente aceptados y muy poco tiempo después, la mayor parte de los miembros del Instituto marcharon al Chaco a tomar los puestos de sanidad a que se les había llamado y cumplieron su deber como verdaderos patriotas.

Antes de terminar, he de referir una anécdota que pasó en nuestros primeros años de vida, hacia el año 1898 y que da una idea exacta de la mentalidad que reinaba en Bolivia en aquellos tiempos. Ya os he hablado de la famosa libertad de enseñanza que seguía vigente a pesar de existir una Facultad que contaba con buenos recursos y magnífico personal. En ese entonces, las Cámaras sesionaban en Sucre y el Instituto se propuso hacer dictar una ley concebida en estos términos: «En adelante no podrán hacerse estudios médicos en la República sino en una Escuela o Facultad que cuente con los elementos precisos para la enseñanza».—Esto parece elemental y sin embargo fué motivo de grandes y violentas discusiones en el Congreso; fué necesario desplegar todas nuestras influencias y actividad para que esa ley tan racional pasara. Es que, señores, en el fondo esa ley tocaba un asunto delicado: ella significaba la centralización de los estudios médicos en Sucre, lo que despertó los celos de algunos depar-

tamentos, tocó ardientemente la fibra del provincialismo, de esa carcoma que antes, como ahora, nos aqueja. A pesar de la fuerte oposición, al fin conseguimos que esa ley tan lógica y racional fuese sancionada.

Señores: He hecho a grandes rasgos la historia del Instituto en los primeros cincuenta años de su vida, pero como noto que esta lectura se alarga mucho, temo fatigar al distinguido auditorio que me escucha. Por consiguiente, no he de tocar los acontecimientos recientes. Habéis oído la Memoria de nuestro Presidente Activo y habréis podido conocer los trabajos que se han hecho en nuestra casa. El propósito de reorganizar todas nuestras secciones y otros proyectos importantes que mis consocios se proponen realizar, será hecho con tanta más facilidad ahora que el Instituto cuenta con recursos. Nuestra biblioteca ha ido creciendo y se encuentra actualmente instalada en un magnífico local, con las comodidades precisas y es sin duda la biblioteca médica más importante que existe en la República.

Antes de terminar, he de hacer un fervoroso recuerdo de los que fueron mis compañeros de labor en los primeros tiempos, hoy ya todos desaparecidos. Ese mismo recuerdo lo dirijo a los demás socios que vinieron después, entusiastas colaboradores, muchos de ellos fallecidos en plena juventud, cuya memoria el Instituto conserva con cariño y, como piadoso recuerdo, tiene colocados sus retratos en nuestro salón de actos públicos que, apesar de ser bastante amplio, está ya casi lleno, pues han sido muy numerosos los socios que el destino ha arrancado de nuestro seno. En este momento solemne, yo, como el más viejo y el más antiguo miembro de nuestra sociedad, les dirijo a nombre de ella un tierno y cariñoso recuerdo.

Señores: He indicado a grandes rasgos la labor del Instituto durante su primer cincuentenario, labor que, si se quiere, es bien modesta, pero para juzgar los hechos de las sociedades o de las personas, con recto criterio histórico, hay que ver no sólo los resultados

obtenidos sino estudiar el medio en que actuaron y los recursos que contaron para realizar su obra. Cuando se dispone de abundante dinero, es muy fácil realizar grandes cosas; lo difícil es hacer algo cuando se tiene poco o no se tiene nada para empezar y este ha sido el caso del Instituto. Esta Sociedad no ha contado en un principio sino con el entusiasmo, el desinterés y la abnegación de sus miembros para realizar sus ideales de progreso. Ese ha sido, señores, el verdadero mérito del Instituto, y este es el ejemplo que los viejos dejamos a las jóvenes generaciones que nos reemplazan. El modesto trabajo cuya lectura escucháis, declaro que me ha sido penoso efectuarlo, por el estado delicado de mi salud. He tenido que concentrar mis recuerdos, avivando mi debilitada memoria, consultando muchas notas y documentos en pasada labor, pero lo he llevado a cabo con gusto, haciendo un esfuerzo, pues esta será la última ofrenda que yo haga a nuestra querida sociedad.

Señores Socios: En este día clásico, celebremos todos los bolivianos el recuerdo del 150º aniversario del natalicio del Padre de la Patria, el Mariscal Sucre; celebramos también nuestras bodas de oro y con este motivo me habéis conferido esta hermosa medalla que adorna mi pecho y que es la mejor y más agradable recompensa de mi vida. Pero parodiando las palabras del Gran Mariscal, diré: «Señores socios, aún os pediré otro premio y es que conservéis a través de todos los peligros la vida de nuestra Institución; que no consintáis jamás que sus progresos se detengan o se estancuen; conservad siempre el prestigio bien merecido del Instituto Médico «Sucre» para que siga siendo un foco de ciencia y de trabajo y contribuya por consiguiente al progreso de la Patria y al prestigio intelectual de la vieja Charcas.

La eugenesia frente al peligro venéreo

Crítica del "Certificado Prenupcial" (*)

(Resumen)

ENRIQUE LOUP B.

Como es sabido, la sífilis y la gonorrea, ya dañando el germen, ya imposibilitando el engendro, representan el mayor enemigo de la eugenesia. Entre los medios propuestos para combatirlo, se encuentran el «abolicionismo», el establecimiento del llamado «certificado prenupcial» y del delito de contagio venéreo, junto con otras medidas sin las cuales no podría ni justificarse el intento de abolir la tolerancia de la prostitución.

Aun reconociendo los defectos e inconvenientes de la «tolerancia», se concluyó por establecer que el «abolicionismo» resultaría contraproducente en nuestro medio. Se citó un apoyo al fracaso de su implantación de la Rep. Argentina, donde hoy se trataría de volver al sistema de la tolerancia y reglamentación.

Respecto al «CERTIFICADO PRENUPCIAL», que ya se intentó establecer en 1928 y 1936, se hizo una extensa crítica. Es innegable que las enfermedades venereas se contagian mediante las relaciones sexuales, pero prohibir el matrimonio, no significa evitar las relaciones sexuales. El individuo que se viera detenido por la ley en su intento de casarse, no por ello se abstendría del concubito carnal. Se evitaría el contagio de una persona —la que iba a ser esposa— en cambio del de muchas, ya que nadie podría impedir que el sífilítico no

(*) Se ruega advertir que esta conferencia fué dedicada al público en general.

casado, fuera propagando el mal, al ayuntarse con otras mujeres, sin más limitación que la de sus propias posibilidades. El propósito eugenésico, quedaría burlado, puesto que la inmensa mayoría de los acercamientos sexuales se realizan fuera del matrimonio.

La herencia morbosa que se propone evitar la ley, no quedaría sensiblemente disminuída, si se tiene en cuenta que la mayor natalidad del país, corresponde a la natalidad ilegítima. Curioso caso a que daría lugar impidiendo llegar al matrimonio a un individuo que al fin asumiría la responsabilidad de la prole, al paso que le dejaría en completa libertad para engendrar *sin casarse* un mayor número de hijos todavía, los que no heredarían su nombre, pero sí su enfermedad.

El examen médico prenupcial, no garantiza el contagio de la mujer por el marido, ya que éste después del matrimonio, puede contraer la enfermedad en relaciones extra-conyugales y llevársela a su consorte. Igual consideración respecto al hecho nada raro, del contagio de la sífilis *antes del matrimonio*, mediante el beso entre los novios. Aun más, entre la presentación del certificado de salud y la realización del matrimonio, transcurre un tiempo durante el cual puede ser adquirida la enfermedad venérea.

Incapacidad médica en que estamos para reconocer *siempre* todas las enfermedades venéreas, contagiosas y trasmisibles a la descendencia, que puedan existir en el individuo al estado latente. Muy lejos de ser, como vulgarmente se cree, cosa de un «simple examen», se precisa de varios y minuciosos exámenes, siendo imprescindibles los de laboratorio a cargo de especialistas expertos. Tales exámenes se practican en muestras de sangre, secreciones tomadas directamente en los órganos genitales o aun en el líquido cefalorraquídeo, cuya obtención es de práctica delicada. Aun hechas las pruebas con los cuidados de rigor, ocurre que las respuestas de laboratorio no siempre son concluyentes, a menudo contradictorias y con frecuencia dudosas, lo que al traslucirse a los interesados, les mantendría de por vida con la pesadilla de una horrible incertidum-

bre. Pero, hay más todavía. Los laboratorios existentes en Bolivia son pocos, y están sólo en algunas ciudades, y la ley del certificado prenupcial habría de regir en todo el país. Es difícil saber cómo harían para cumplir con su cometido, los médicos de pueblos, villorrios y centros mineros carentes de fáciles medios de comunicación.

Cuando se trata de «certificado prenupcial», parece que no se hiciese referencia más que al varón. Empero, lo que interesa a los fines de la eugenesia, es el estado de salud de la pareja. La mujer debe pues ser examinada igual que el hombre; pero en la práctica la aplicación de esta ley resultaría una violación del pudor de la joven casadera que, antes que el elegido de su corazón, tendría que dejar hollar por el médico lo que instintivamente defiende a veces tanto como su vida misma. Añádase que luego de trance tan brutal, no siempre el médico se encontraría en condiciones de dar un veredicto concienzudo. Considérese todavía los abusos a que se daría lugar tratándose de profesionales inescrupulosos o simplemente incapaces de resistir la insistente súplica del amigo, cuando no a temer las represalias del personaje influyente.

Por esas razones y lo que ocurre con otros preceptos legales, sería muy probable que con lo del certificado prenupcial, sólo se añadiese una diligencia más, un trámite engorroso que no obstaculizase a nadie más que al carente de empeños influyentes. La eugenesia en nada se habría beneficiado, el mal venéreo seguiría campeando, y solamente habríase añadido a nuestra legislación un vano oropel más, entre los muchos que ya tiene.

La lucha antivenérea, que es uno de los principales medios laborar por la eugenesia, debe circunscribirse a lo prácticamente factible y comprobadamente útil. El descubrimiento de los focos de contagio y su vigilancia constante, la persecución de la prostitución clandestina y, sobre todo, el tratamiento obligatorio.

Mas, la gran tarea preventiva debiera estar en

la enseñanza, en la difusión de los conocimientos relacionados con la cuestión sexual y el peligro venéreo. Tender a que el individuo, consciente de lo que significa evitar un daño, aprenda cuidarse a sí mismo, ya sin el tutelaje de la autoridad sanitaria o auxiliado por ella. Ser cuidado por otro es propio del período infantil; precaverse a sí mismo, es actividad de la madurez. Debemos propender a traspasar la etapa infantil.

Discurso del Dr. Aniceto Soñares en el almuerzo ofrecido en honor de los Delegados y autoridades concurrentes a los festejos del Cincuentenario del Instituto Médico.

Señores:

Representando al Instituto Médico «Sucre» saludo a las distinguidas personalidades que nos honran asociándose a los actos con los que esta institución científica celebra su medio siglo de existencia.

En este día, fecha de júbilo para nosotros por doble motivo, la presencia de las distinguidas personalidades que nos acompañan da singular relieve a los festejos que realizamos, ya que ello no significa un mero acto de cortesía, sino una manera implícita de tributar homenaje y reconocer la fecunda obra realizada por la institución a la que me honro en pertenecer y representar en este acto.

Ya la palabra autorizada del Presidente Honorario, Dr. Cuéllar, único sobreviviente del selecto núcleo de médicos que fundaron el Instituto, hizo la historia de éste. Hacer su historia es haber presentado una visión panorámica de la obra cumplida; analizar esa obra, que desde sus comienzos e ininterrumpidamente ha sido útil en el servicio de la colectividad equivale a otorgarle un justiciero veredicto de aplauso.

Hállanse representadas en éste y los demás festivos las más importantes actividades del servicio público. Y mayor realce adquieren esos actos por la presencia de los distinguidos emisarios que viniendo de otros centros de la república, traen para el Instituto el significativo testimonio que la nación le debe.

Sin entrar en repeticiones de lo que se ha dicho, la múltiple labor efectuada por el Instituto puede esquematizarse en los siguientes términos:

I.—Impulso vigoroso a la enseñanza médica, iniciando la organización de la Facultad de Medicina sobre bases serias y estables.

II.—Servicios importantes a la higiene y salubridad pública en diversas oportunidades, y sobre todo la gran obra profiláctica de la vacunación antivariólica.

III.—Función de alta cultura intelectual mediante su Revista, la que sobreviviendo a todas las dificultades del medio ambiente es un factor de prestigio para la medicina boliviana.

Pero nuestro regocijo también se extiende a considerar esta misma fecha un siglo y medio atrás de hoy y en las felices consecuencias que tuvo el advenimiento de Antonio José de Sucre. Es el 3 de Febrero de 1795 la fecha que señala para la humanidad y para los destinos de América el comienzo de una vida que brilla en la historia con fulgores de astro.

Nombrar a Antonio José de Sucre es expresar todo lo que el sentimiento humano puede decir de más excelso, de más grande, de más armonioso. Porque Armonía hecha hombre fué el Gran Mariscal de Ayacucho; armonía que se revela en su ecuanimidad; armonía que fué su brillante capacidad guerrera; esa capacidad en que su valentía, su habilidad estratégica, su sabia conducción no fueron sino como la guerra misma elementos que subordinó y puso al servicio del ideal

que movió toda su existencia: la Libertad. La Libertad, que se llamó Independencia de América; la Libertad que se llamó Código de las Garantías del Hombre; la Libertad que se llamó Fraternidad Americana.

Tantos epítetos como se han dado al Gran Mariscal se justifican todos sin que pudiera decirse que hay en ellos hipérbole. Le llamé una vez «Santo Laico». Grande, Magnánimo, Genio clarividente, tuvo todas las virtudes en excelso grado. Bien pudiera decirse de él, para comprender el significado de lo que fué como genio aquel concepto tan curioso de Bernard Shaw: «Un genio es una persona que, viendo más lejos, y calando más hondo que la demás gente, posee un arancel de valoraciones éticas diferente del común y tiene bastante energía para dar efecto a esta visión más profunda y a sus valoraciones en la manera que mejor conviene a sus peculiares talentos».

Hubo hombres en la historia que cumplieron una misión brillante acaso tal vez más que por sus virtudes porque tuvieron la suerte de que circunstancias inesperadas les permitieron realizar hechos memorables. ¡Cuántos seres que la humanidad admira exhibieron profundas lacras morales, y sin embargo cooperaron al progreso o dieron a los pueblos páginas brillantes! En el reverso, la historia exhibe una triada de hombres que solo oficiaron en el templo del amor: Jesús, Francisco de Asís y Sucre. Fueron el amor hecho santidad.

Antonio José de Sucre es uno de los hombres, uno de los pocos hombres que más se aproxima a la perfección. Pero el conjunto de selectas cualidades que le adornaron no solo fueron innatas, sino que la educación en un sentido bien dirigido permitió que esas dotes naturales hubiesen sido orientadas y aprovechadas, dando magnífico fruto. Con acierto escribe Alexis Carrel lo que sigue: «En su Ensayo sobre los «Fundamentos de la Etica» presentado a la Real Sociedad de Copenhague, Schopenhauer expresó la opinión de que el principio moral tenía su base en nuestra propia naturaleza. En otros términos, los seres humanos poseen tendencias innatas al egoísmo, a la villanía, o a la piedad».

Pero, sin duda, esas tendencias pueden ora ser modificadas en un sentido de favorable adaptación, ora pueden perfeccionarse para alcanzar elevado índice.

Creo, yo, sin que pueda atribuirme novedad de este concepto, que la mayor perfectibilidad humana se traduce en un alto desarrollo del sentido moral. Sentido moral es comprender los propios deberes y saber cumplirlos; sentido moral es todo renunciamiento en beneficio de otro individuo o de la colectividad; sentido moral es tener la grandeza de perdonar al enemigo, como lo hicieron Jesús y Sucre; sentido moral es la dignidad, es la decencia, es el honor, es la honradez, es la abnegación. Entonces el *sentido moral* se convierte en *grandeza moral*, que es la Virtud en su más depurada expresión. Sentido moral es la filosofía sustancial del cristianismo que cuando hace obra filantrópica no busca girar un cheque al provenir para asegurarse ventajas en una vida futura. Sentido moral es la expresión rotaria de «dar de sí antes de pensar en sí».

«La inteligencia, la fuerza de voluntad y la moralidad están estrechamente relacionadas, —dice Alexis Carrel— Pero el sentido moral es más importante que la inteligencia. Cuando desaparece de una nación, toda la estructura social comienza lentamente a derrumbarse. En la investigación biológica no hemos dado hasta ahora a las actividades morales la importancia que merecen. El sentido moral debe ser estudiado de manera tan positiva como la inteligencia».

Antonio José de Sucre, el Grande, que fué todo virtud, todo amor, alcanzó los planos más superiores de ese sentido moral, en cuyas polimorfías exteriorizaciones brillan la ecuanimidad del creador de instituciones, la profunda comprensión sociológica del estadista, la magnanimidad del héroe que consagró, como muy bien lo hubo dicho ayer el Presidente del «Rotary Club», «los derechos del vencido» al conferir garantías y trato humanitario al ejército derrotado; la misma actitud que

le hizo perdonar ¡en qué forma y con qué amplia generosidad, al alevé que intentó asesinarle!

Sucre, paladín de la Libertad, fué también apóstol de la Democracia. Parece que el pensamiento de Sucre concuasara con los términos en que no hace mucho tiempo, en una conferencia radiada, desde los Estados Unidos, el profesor universitario Enrique Rodríguez Fabregat decía; «La Democracia es libre juego de ideas. Democracia en marcha es soberanía social en acción».

Decir que la vida de Sucre fué un ejemplo y una enseñanza es decir muy poco, es no hacerle justicia cabal. Su vida fué, es, y será luz eterna del firmamento americano; fuente inextinguible de amor; perfume de bondad eterna; código perfecto para el espíritu cívico; altar inmaculado de justicia; cumbre que acaricia la blancura inmaculada de las nieves y que besa la aurora.

He dicho.

Palabras del Sr. Rector de la Universidad

Señores:

Traigo la adhesión de la Universidad Mayor de San Francisco Xavier, que tengo el honor de presidir, a esta solemne ceremonia en que se celebra el primer cincuentenario de la fundación del Instituto Médico «Sucre»

La Universidad no podía dejar de estar presente en estos momentos, con todo su reconocimiento por la vieja y noble institución que ha representado durante medio siglo el hogar más austero del saber y que ha

sido una de las más grandes colaboradoras en la obra de la cultura nacional.

Es desde las salas de esta casa ilustre que hombres eminentes consagrados al estudio desinteresado de la ciencia han orientado las investigaciones más serias que se han hecho para el conocimiento de nuestras realidades; es aquí que han surgido instituciones que, como la oficina de vacuna antivariolosa, han puesto al servicio de la salud del pueblo los resultados más puros del humano saber.

Pero no es sólo eso, el Instituto Médico «Sucre» ha sido en realidad el creador y el animador de esa rama de las actividades universitarias que es actualmente la Facultad de Ciencias Médicas. Le prestó su ayuda material y la colaboración de sus miembros, permitiéndole sobrevivir a todo género de dificultades y alcanzar el grado de esplendor que actualmente tiene.

Hoy me complace en informar al Instituto que esa su hija predilecta se halla en el más franco camino de progreso y que en breve la tendremos en condiciones de desenvolvimiento que permitan su más perfecta eficiencia.

En efecto, el Consejo Universitario en su última reunión ha resuelto proceder a la construcción de un gran edificio que costará alrededor de tres millones y medio de bolivianos, en el cual se instalarán con los equipos más modernos tres grandes laboratorios de fisiología experimental, de bioquímica y de bacteriología.

En nombre, pues, de la Universidad, con la más profunda admiración por el Instituto Médico, presento mi respetuoso saludo al Doctor Manuel Cuéllar, su fundador, y a todos sus actuales miembros, formulando los más fervientes votos por la prosperidad y por el progreso de la entidad que tanto representa para el futuro del país.

Palabras del representante del Ateneo de La Paz, Dr. Víctor Malpartida

Señor Presidente Honorario del «Instituto Médico «Sucre». Señor Presidente Activo. Señores Socios. Distinguido auditorio:

El «Ateneo de Medicina» de la hermana ciudad de La Paz, con el vivo deseo de rendir homenaje al «Instituto Médico «Sucre», en el fausto acontecimiento que celebra, me ha honrado designándome su personero, para hacerme presente en este acto, con su cálida palabra de admiración y reverente recuerdo para los conspicuos Socios Fundadores y como un justo reconocimiento a la ardua y abnegada labor desenvuelta, por los auténticos forjadores de esta Ilustre Cnsa de Estudios, exponente grandemente ponderable, dentro de la Medicina Nacional, por sus prestigios bien ganados durante medio siglo, en Chuquisaca y en Bolivia, los mismos que colocaron a gran altura la medicina en nuestro país y aun fuera de él.

Al mismo tiempo, la entidad de referencia de La Paz, ha querido traer su adhesión de júbilo y reconocimiento para los actuales socios que supieron seguir la estela luminosa que aquellos visionarios trazaron. Tarea gratísima y de elevado honor es para mí, que cumpla con mi mayor afecto y cariño de médico para el ya histórico Instituto Médico «Sucre».

De todos los centros científicos de la República, se han constituido ilustres ciudadanos en esta capital, para tributar su homenaje a la más antigua y meritoria de las sociedades científicas bolivianas, en este día en que la institución luce sus galas, para recordar un aniversario más y muy singularmente festejar su primer cincuentenario en el triunfal transcurso de su vida.

Hoy día esta venerable casa de la ciencia de Hipócrates, vibra emocionada y en su recinto, con cariño paternal, flota el espíritu augusto e inmaculado del Gran Mariscal de Ayacucho, General Antonio José de Sucre, que dió su nombre a esta culta capital, el que tam-

bién lleva este instituto, como símbolo de grandeza.

Su historia, interesante y aureolada de innegables méritos, ya la habéis escuchado; también ha sido escrita por autorizadas plumas, haciendo conocer y poniendo de relieve su labor tesonera de sacrificios y actos verdaderamente heroicos que culminaron en fecundas experiencias y positivas conquistas científicas, en los diez lustros de su intensa vida, ya la conocen los distinguidos concurrentes, motivo que me excusa hacer relación de ella.

En este momento solemne es deber de toda la familia médica y de todo boliviano reconocido, rendir su más fervoroso recuerdo de gratitud y respeto, a la memoria de los fundadores desaparecidos de este instituto, Drs. Valentín Abecia, Gerardo Vaca Guzmán, Angel Ponce y Cupertino Arteaga; mas no cumpliríamos un acto de estricta justicia, sino hiciéramos especial mención de uno de los principales pionniers de los cinco artífices que fundaron el Instituto, me refiero al Dr. Dn. Manuel Cuéllar, aquí presente, al excelso patriota, virtuoso ciudadano, exponente de la intelectualidad médica boliviana y piedra angular de esta casa; he ahí por qué en este acto trascendental, rendimos nuestra admiración, ensalzamos y ovacionamos a la última reliquia sobreviviente, el Dr. Cuéllar, que aun constituye la sólida columna que sostiene todavía el edificio espiritual de la institución.

Y para terminar, señores, hoy que también recordamos el 150º. aniversario del nacimiento de Dn. Antonio José de Sucre, prosternemos la frente ante el SOL SIN OCASO, el Gran Mariscal de Ayacucho.

Sucre, febrero de 1945.

En los funerales del Dr. Vaca Guzmán

**Discurso pronunciado por el Dr. Ezequiel L. Osorio,
Presidente del Instituto Médico «Sucre», en los
funerales del Dr. Gerardo Vaca Guzmán.**

Señoras, señores:

Un deber elemental de justicia, al propio tiempo que el vivo anhelo de rendir nuestro homenaje de respeto y admiración llena de afecto, a esa culminante figura de la medicina nacional y socio fundador del Instituto Médico «Sucre», que fué el doctor Gerardo Vaca Guzmán, nos reúne aquí a los miembros de la Sociedad en cuyo nombre os dirijo la palabra.

Son cenizas sagradas las que contiene esta urna funeraria, que llevaremos a su última morada a ocupar el lugar que les corresponde en el Panteón de Notables, al que deseáramos ver convertido en un verdadero templo, el templo de la Inmortalidad, donde, como en la Ciudad-Luz, su pórtico ostentase esta inscripción:

«A SUS GRANDES HOMBRES, LA PATRIA RECONOCIDA».

Porque el doctor Vaca Guzmán fué un gran hombre, un hombre prócer, Su grandeza, y la simpatía que ella irradia, está hecha de ciencia, de consagración al Bien, de impulsión al Progreso, de amor a la Humanidad, de enseñanza a la Juventud, de virtudes cívicas y familiares innumerables; no tiene nada de esas pseudograndezas que solemos crear, basadas en la habilidad o en la suerte política, inconsistentes siempre, estériles y nocivas a menudo.

El verdadero médico, como lo dijo Alfonso Daudet, es para el moribundo el sacerdote último, la creencia suprema. Y el doctor Vaca Guzmán representaba admirablemente esa tabla de salvación que se llama Esperanza, sin la cual la terrorífica leyenda que el Dante coloca en las puertas del Infierno de su Divina Comedia, se torna en realidad. Lo hemos visto, en mo-

mentos de intensa congoja en el seno de las familias, alzarse como una sombra benéfica, haciendo renacer la esperanza, tranquilizando a los espíritus conturbados, y procurando desviar la dirección de la flecha que va a herir mortalmente: *haeret lateri lethalis arundo*, al decir de Ovidio.

La medicina, en manos del doctor Vaca Guzmán, fué algo más, mucho más que la simple aplicación de la ciencia del diagnóstico al arte de curar; fué un apostolado de la filantropía; una obra de perenne acción humanitaria; la esencia misma del verdadero altruismo; el ideal invariable de su preciosa existencia.

¡Cómo no admirar su generosidad, su desinterés, su excelsa caridad, cuando sirve gratuitamente y con cariño al proletario; cuando lucha sin tregua contra las terribles oftalmías que, en forma epidémica, atacan a la población del departamento de Chuquisaca; cuando organiza esmerada y cuidadosamente la Sanidad a cuya cabeza se pone por elección del cuerpo médico de esta capital; cuando se afana por dotar a su país de aguas potables, de caminos, y sirve incondicionalmente en distintas actividades con tal de dar impulso a las obras públicas; cuando regala su propio laboratorio al Instituto Médico y lo pone al servicio de la escuela de medicina; cuando le cede igualmente los emolumentos de la cátedra que desempeña para la adquisición del material científico que posee!.....

Ha sido un honor para la Universidad haber contado por cerca de treinta años con los servicios de un profesor tan eminente en sus conocimientos como eximio en la docencia. En el aula, en la clínica hospitalaria, en el laboratorio, doquiera actuó se hizo sentir el influjo vivificante de esta inteligencia privilegiada, de esta mentalidad robusta, de este criterio sólido y lógico. Puedo afirmar, sin incurrir en hipérbole, que era un maestro incomparable, insuperable, genial.

¡Cuán sencillo y cuán sabio, claro y metódico en sus lecciones; qué palabra tan bondadosa, suave y persuasiva; qué experiencia acumulada! Su erudición era el fruto de sus investigaciones personales, de la compro-

bación de sus estudios, de su experiencia. Hablaba siempre apoyado en la autoridad de los hechos y no de los libros solamente.

Pocos son los hogares de este pueblo que no han recibido sus beneficios; raras fueron las instituciones que no le debieron su valiosa cooperación. Sería demasiado prolijo entrar en el detalle de los bienes que sembró este benefactor de la humanidad e ilustre patriota. Séame permitido únicamente evocar con cariño filial algunos recuerdos de mi vida de estudiante como discípulo de este egregio profesor.

Mi retina conserva nítida la imagen de un laboratorio estrecho y atestado de aparatos, instrumentos, útiles y materiales de química, abierto todo el día, en el que se destacaba la figura del ilustre doctor Vaca Guzmán consagrado a su trabajo, concentrada la mente en los ensayos y análisis que iba efectuando, abstraído por completo en sus observaciones, sin pensar en reparar sus fuerzas por el alimento y el descanso, sin otra preocupación que la de llegar al resultado final de un hecho, de un experimento, de una investigación que le permitiese aproximarse a la verdad o conquistarla.

Lo recuerdo en sus lecciones de patología quirúrgica, explicando la génesis y la evolución de los procesos morbosos, simplificando las cuestiones más complejas, allanando las dificultades e insistiendo y recalando siempre en los datos referentes al diagnóstico.

Lo veo en la sala del hospital, practicando los procedimientos de exploración clínica, interpretando con maestría los datos semiológicos, siempre benévolo con el enfermo, siempre consolándolo y haciéndole olvidar sus cuitas con la jovialidad de su amable trato.

Lo contemplo operando con singular habilidad y destreza en cirugía ocular, en la que estaba especializado. Sin grandes preparativos, en el mismo lecho del enfermo, en pocos minutos extraía cataratas con admirable maestría.

Ante las puertas de la vida orgánica que se le cerraron, y ante las de la inmortalidad que sus obras le han abierto, el polvo de sus huesos que vamos a en-

terror es el símbolo tangible de su ser, la preciada reliquia que representa al gran hombre, cuya vida se prolonga, se engrandece y se perpetúa en la memoria de sus conciudadanos. ¡Ha vencido a la muerte!

Venerado maestro: Que nada turbe la paz de vuestra tumba.

Como las dulces manos de vuestros hijos acariciaron vuestra frente, como el hálito puro de sus labios susurró palabras conmovedoras y cordiales en vuestros oídos, cuando vivíais; así la brisa que esparzan en el aire los cipreses, y la suave frescura que exhalen los sauces que lloran, junto con el aroma de las flores, la placidez del ambiente, el murmullo de las aguas cristalinas que riegan parques y jardines en nuestro bello camposanto, acariciarán el sarcófago que encierra vuestros restos queridos.

Discurso pronunciado por el Sr. Vice Presidente del Instituto Médico, Dr. W. Villafani, en la Romería al Cementerio General.

Señores:

Se imponía esta prueba de justicia póstuma; habría sido incompleto nuestro homenaje a los fundadores del Instituto Médico «Sucre», si no visitáramos sus venerados restos en este camposanto, en esta necrópolis de hombres notables, donde reposan nuestros maestros.

De los cinco médicos fundadores del Instituto Médico, cuatro descansan la paz de los sepulcros en esta ciudad, y son los doctores: Valentín Abecia, Gerardo Vaca Guzmán y Angel Ponce y en uno de los cementerios de París el Dr. José Cupertino Arteaga.

Por algo fueron ejemplo viviente de supremacía; hombres admirables que, por virtud de su inteligencia puesta al servicio de la humanidad, fueron selecciona-

dos como abanderados de los grandes movimientos que iban a transformar nuestra escuela médica; ellos fueron los que, rompiendo todas las normas antiguas ya protocolizadas, abrieron nueva ruta encaminando a la juventud médica —a la que dirigían— por el sendero del trabajo, de la honradez y el estudio.

Viejos maestros, tomando cada uno la especialidad de su ramo, tenían por obsesión, la dignificación del magisterio.

El Dr. Angel Ponce, médico de la Sección de varones del Hospital de Santa Bárbara, era el profesor de Clínica Médica; hombre suave, reposado, sereno; sus lecciones magistrales —fruto de su prestigiosa vida profesional— eran escuchadas con el mayor respeto y atención.

El Dr. Valentín Abecia, profesor de Terapéutica y Materia Médica, era el hombre de una disciplina férrea e inflexible; hizo de la enseñanza un apostolado, al que consagró todo el entusiasmo de su talento, y posteriormente como Cancelario de esta Universidad, marcó época por la organización y disciplina de los cursos de Facultades y Colegios. Hasta la política hizo de este preclaro hombre su elección para el cargo de Vice Presidente de la República, desde cuyo alto sitio, colaboró a su ciudad natal, con el mejoramiento del Colegio Juán, el Instituto Médico y otros planteles de instrucción.

El Dr. Gerardo Vaca Guzmán, de un talento singular, dictaba los cursos de Química biológica e inorgánica; eran los primeros cursos prácticos de laboratorio que recibíamos sus alumnos. Sus vastos conocimientos químicos, no sólo los transmitía a sus alumnos; varias instituciones culturales y sociedades diversas eran beneficiadas por sus trabajos de laboratorio, con exámenes, ya de materias orgánicas ya de inorgánicas; sus iniciativas y sanos consejos y todos los trabajos relacionados con su especialidad.

El Dr. José Cupertino Arteaga, profesor de Patología interna, el catedrático galano, de vastos conocimientos de medicina interna, constantemente remozados en la Universidad de París, dictaba sus interesantes lec-

ciones con esa gravedad y convicción del maestro que domina la materia.

Habría deseado hacer una biografía mas amplia de estos dignos maestros; pero mi misión tan reducida, no me permite trazar sino un ligero esquema biográfico de estos ilustres hombres a quienes rendimos el homenaje en el cincuentenario de su labor fecunda, como fundadores de la Sociedad del Instituto Médico «Sucre».

Maestros de verdad, respetuosos de la dignidad humana, sinceramente democráticos y comprensivos; apóstoles de la caridad y del bien, dominaron con singular modestia los acontecimientos sociales, con ese gesto que marca la mas alta perfección humana—la serenidad—; con esos dones, pasaron por su vida profesional porque la serenidad es fruto de la madurez, es fortaleza, es justicia, es belleza y es bondad.

Toda la vida de estos ilustres hombres, ha sido un venero de caridad y de profundas enseñanzas para la juventud, sobre todo en estos momentos, en que los verdaderos valores intelectuales constituyen una desconsoladora minoría al frente de la incomprensión de los demás.

Ellos murieron con esos altos atributos que nadie puede desconocer y la historia al recogerlos los consagra; no necesitan la piedad de la muerte para engrandecer sus virtudes.

Hay impresiones colectivas tan hondas, que la pluma más hábil no puede trasuntar las emociones que se sienten al evocar la memoria de aquellos apóstoles del bien y la caridad, pero también hay una justicia para aquellos hombres grandes y nobles y ella se hace hoy patente en este homenaje de recordación a aquellos seres queridos que han muerto pobres practicando la caridad.

Por suerte, aun tenemos la satisfacción de contar con un sobreviviente de aquella pléyade de maestros ilustres; me refiero a mi querido profesor de Anatomía, el Dr. Manuel Cuéllar, reliquia querida y venerada. No quiero herir su modestia al hacer un recuerdo de sus sabias enseñanzas prácticas en el Anfiteatro; rígido, tra-

bajador, enérgico, correcto; este curso servía de tamíz para seleccionar al elemento más capacitado y caballero de los estudiantes que se dedicaban al estudio de la profesión médica. Su organización, métodos de enseñanza en el anfiteatro, disecciones y preparaciones indispensables para presentarse a exámenes, fueron creados por este profesor y siguen hasta hoy como plan de estudios.

El homenaje tributado por el Instituto Médico el día de ayer a este ilustre maestro, simboliza en esa medalla obsequiada, todo el afecto, gratitud y respeto que expresamos por su labor fecunda en la creación de la Escuela de Medicina, la cohesión del cuerpo médico y el prestigio de esta institución científica, orgullo de nuestra Universidad.

La apoteosis que se tributa hoy, es un justo homenaje a sus virtudes; que las generaciones futuras de la familia médica nunca olviden estas romerías a los fundadores de nuestra escuela. El recuerdo, la gratitud y respeto a los maestros debe recomendarse constantemente en aulas y debe ocupar un capítulo en los programas de ética y moral profesionales.

Hay varones que son útiles hasta en la muerte, porque el examen de su labor fecunda e inmaculada, sirve de ejemplo a las generaciones futuras y seguirá siendo inspiración de vidas honestas de hombres humanitarios y rectos.

Es también un deber de gratitud recordar, en este momento, los servicios prestados por el Sr. Dn. Carlos Arce, entusiasta socio honorario, colaborador del Instituto Médico, el que, garantizando la financiación de un crédito en Europa, facilitó la adquisición de los laboratorios de esta institución.

A nombre del Instituto Médico «Sucre» y en mi carácter de Vice Presidente de esta institución científica, vengo a depositar estas coronas de siemprevivas, como ofrenda de gratitud y cariño a los ilustres maestros fundadores, cuyos restos sagrados encierran estos sarcófagos.

Sucre, 4 de Febrero de 1945.

Discurso del representante de la Facultad de Medicina Vice Decano Profesor Dr. Raúl Fernández de Córdova, en el cincuentenario del Instituto Médico.

Señor Presidente Honorario del Instituto Médico «Sucre».

Señor Presidente activo y Sres. socios.

Señores colegas delegados de La Paz.

Señoras, Caballeros:

En mi calidad de Vice-Decano de la Facultad de Medicina de esta capital, he sido altamente honrado para representarla en este solemne acto recordatorio y conmemorativo del cincuentenario de la fundación de la benemérita institución boliviana, única en su género, el Instituto Médico «Sucre».

Y al hacerlo, ha de ser el empeño principal de mis palabras de salutación con que vengo, acertar con la nota justa que traduzca el estado de espíritu que nos anima. En tal sentido, he de expresar antes que nada, que al acudir a celebrar esta magna fecha, no traigo el encargo de cumplir un frío y estirado deber protocolar o una formal cortesía, sino el de ser intérprete de la simpatía y calurosa cordialidad de nuestra Facultad de Ciencias Médicas a esta docta corporación.

La Facultad, por mi intermedio, viene a este recinto sagrado de la ciencia, a exteriorizar con un sentimiento amplio de solidaridad, el más justiciero y merecido homenaje a los talentosos hombres que fundaron este Instituto.

Fueron eximias figuras de la ciencia médica boliviana, los verdaderos aristócratas del saber, que con robusto civismo y alto concepto de superación, se aunaron como un solo hombre, al impulso de un noble y caro ideal, para formar una Academia, la primera del país que diera brillo y lustre a la ciencia nacional. Y

bien, señores, es en este solemne acto que debemos honrar la memoria de aquellos grandes hombres ya fenecidos, y tributar el mayor de los honores al único sobreviviente de aquella pléyade magnífica, el Dr. Manuel Cuéllar, cuya personalidad es de todos ampliamente conocida, y de la que no soy yo el llamado a trasuntarla en su más alto y justo valor.

Hermosa ocasión ésta para recordar con admiración y profundo respeto a aquellos caballeros de la ciencia, que sin encastillarse en egoísta especulación científica, robustecieron su jerarquía en nobilísima función social, conciliando el postulado universal del apostolado científico destinado a lograr la salud y bienestar del pueblo, con la más sincera preocupación y afán de perfeccionar y aumentar los valores científicos nacionales, mediante el esfuerzo de sus componentes para que donaran sin reservas ni egoísmos toda su capacidad, todo su trabajo, todo su ejemplo y estímulo, a fin de que la medicina boliviana estuviese a tono con los grandes destinos de la Patria.

Y así nació el Instituto Médico «Sucre», corporación respetable que en el devenir de los años, con harta modestia, pero con satisfacción de obra cumplida, ha laborado silenciosamente por la sanidad pública en su aspecto preservativo sobre todo.

Y su prestigio bien ganado con el valer de sus componentes, pudo difundirse por todos los ámbitos de la República, y aun fuera de ella, mereciendo no en pocas ocasiones ser consultada como la más suprema autoridad científica del país, para dar luz unas veces, o para fallar como juez en polémicas delicadas por su género.

La Facultad de Ciencias Médicas, en una apreciación justa y cabal, hace público su reconocimiento a esta institución, por la desinteresada colaboración que ha sabido prestarle con un amplio sentido de comprensión y desprendimiento.

Y mañana las generaciones egresadas de aquélla, formarán seguramente la columna tutelar de esta casa, al pensar que aquí, se robustecieron y forjaron las men-

talidades más vigorosas de la enseñanza médica boliviana.

Una mirada a los muros de este recinto, nos trae a la memoria las descollantes figuras que se fueron ya de esta casa. Maestros altivos, ejemplos de rectitud, de hidalguía, de honor, de patriotismo, de austeridad, de sagacidad y alta cultura, para cuyo legado espiritual, sólo caben epítetos de sacrificio, de talento, de vocación, de ciencia y de dignidad.

Interpretando el sentir de la casa de estudios que tengo el alto honor de representar, hago sinceros y fervientes votos, por que la superación y la dignificación sean el acicate perpetuo de sus actividades y por que en su segura prosperidad y marcha ascendente, siga impuesta como la más docta, científica y grandiosa corporación médica boliviana.

Señor Presidente del Instituto Médico «Sucre»

Distinguidos socios: Señores:

Es una honra, para mí, presentar a la Entidad Científica del Instituto Médico de Sucre, el mensaje de saludo cordial y rememorativo del Cuerpo Médico de Potosí, en instantes del Cincuentenario de su Fundación; a la que vez que trasuntar el recuerdo cívico, al Padre de la Patria.

Ningún día, seguramente, más solemne y sagrado que el de hoy; en que la Ciencia Médica en alianza con la moral, exige a todos el tributo de la santa reminiscencia, para los Fundadores de tan alta Asociación Científica.

Espíritus benefactores de Valentín Abecia, Gerardo Vaca Guzmán, Angel Ponce, Cupertino Arteaga y muchos, os recordamos y os invocamos para que, vuestras misteriosas y lejanas vibraciones puedan llegar has-

ta nosotros a infundirnos, el mismo tesón y sacrificio, en aras de la Ciencia y de la Humanidad.

Ellos: que nos precedieron en la penosa peregrinación de la vida; dejando tras sí, ráfagas de luz, ecos de armonía, cendales de albas vestiduras rasgadas en los zarzales espinosos del fatal camino; comparecen ante nuestra memoria, para que surja el grato reconocimiento a sus méritos indiscutibles.

Tal vez estáis de astro en astro, de sol en sol, de mundo en mundo; en el rayo de la luz, en la corriente eléctrica o con el efluvio magnético de la onda sonora; tal vez no sois más que el perfume de la flor, el polvo imperceptible que el viento dispersa o tal vez la fuerza secreta y generadora que da vida a los seres ¿quién sabe? pero quizá haya una última etapa de perfeccionamiento para el espíritu, un grado supremo de desarrollo para la sustancia. Cualesquiera que fuere, vuestro destino, nos habéis dejado huellas imperecederas en el mundo en que vivimos y que hoy tenemos la dicha de verlas profundizadas. Tengo expreso encargo de trasuntar, asimismo, al doctor Manuel Cuéllar, único fundador sobreviviente, el saludo respetuoso del Cuerpo Médico de Potosí.

Nuestro deseo es que, en esta Casa de Estudios, se siga forjando la Nacionalidad y que, en sus bóvedas tradicionales resuenen, siempre triunfantes, los himnos sublimes del pensamiento.

Sucre, 3 de Febrero de 1945.

DR. ROMBLIO A. SUBIETA
Delegado del Cuerpo Médico de Potosí

Discurso del Dr. Julio C. Fortún, en representación de la Dirección General de Sanidad Militar

Señores:

Pocas veces, como en los momentos presentes, asistimos a un acto conmemorativo, como el que hoy evocamos. En efecto, durante todo el trascurso de nuestra vida republicana, jamás, que yo sepa, se ha realizado una actuación recordatoria dedicada a festejar la longevidad de una sociedad científica.

Es al Instituto Médico «Sucre» a quien le ha tocado el timbre de honor de recibir en 50 años de existencia activa y permanente, el tributo de admiración respetuosa de todos los que hoy venimos a rendirle homenaje.

Todas las instituciones sociales, científicas y culturales del territorio, convencidas de la justicia y respeto a que es acreedora esta benemérita sociedad, se han congregado para exteriorizar aquellos sentimientos. Y, entre ellas, la Sanidad Militar de Bolivia, no podía quedar impasible frente a un acontecimiento de esta trascendencia.

Es por ello que, el señor Director General de Sanidad Militar, que no ha podido hacerse presente en este acto, me ha encomendado la honrosa cuanto difícil tarea de representarle con ocasión de este fausto acontecimiento.

Es labor de mentes y plumas mejor preparadas que la mía, hacer la apología de la fecunda, intensa y patriótica labor desplegada por el Instituto Médico «Sucre». Las múltiples facetas de las recargadas faenas a las que se ha consagrado en los 50 años de su existen-

cia, no son para rememorarlas en los brevísimos instantes, que la oportunidad nos proporciona.

Nacida la institución bajo la égida protectora del Gran Mariscal de Ayacucho; bautizada con el nombre del egregio creador de la Patria, su vida y obras, tenían que acondicionarse necesariamente a las virtudes del prócer. Y consecuente con estas finalidades esenciales, el Instituto Médico «Sucre», ha venido cumpliendo desde el primer día de su creación, con todos los propósitos cívicos que animaron a sus fundadores, para hacer obra de bien, de ciencia y de beneficio público.

Reconocida de propios y extraños la intensa actividad a la que se dedicó con abnegación, patriotismo y desinterés, en todas las modalidades a que se consagró en el decurso de su vida, sólo me voy a referir, a la relacionada con su actuación en el aspecto sanitario militar de la República y muy particularmente, durante la pasada guerra con el Paraguay.

De todos es sabido que en los primeros días de aquel iufeliz acontecimiento, cuando las rojas y negras sombras de la guerra se cernían sobre la Patria; cuando todo hacía presentir la proximidad de la lucha, el Instituto Médico, primero que nadie y aun antes que los poderes públicos mismos, fué quien dió la voz de alerta para crear y organizar los servicios médico militares de campaña.

Y con este patriótico fin comenzó por encausar la preparación especializada para funciones de guerra, en su escuela de enfermeras, capacitando a sus alumnas para un rendimiento acertado y eficaz. Y como consecuencia de ello, esta escuela, la primera en su género en Bolivia, creada por sus socios, sostenida por los mismos y dictadas las clases por aquellos, tuvo que ser destinada a las supremas finalidades de la defensa nacional.

Llegado el momento fatal del luctuoso e inevitable acontecimiento de la guerra, los primeros profesionales de la vida civil que ofrecieron su concurso a la Patria, fueron los médicos, socios del Instituto Médico,

quienes organizados en brigadas sanitarias de campaña, integradas por estudiantes de Medicina, farmacéuticos y enfermeras de su escuela, partieron a la zona de operaciones. No soy yo el llamado, como miembro que soy del Instituto e integrante de una de las referidas brigadas, a hacer el análisis crítico de la actuación de estos conjuntos, o la individual de cada uno de sus elementos, durante su rendimiento profesional en el Chaco. Sólo se que nadie hizo reparos a su actuación, ni que tampoco causó enojo o descontento su abnegada labor y que sólo voces de gratitud, reconocimiento y bendiciones oíanse por doquier junto a ellos.

Idos todos sus miembros jóvenes a la guerra, el Instituto continuó en sus patrióticas finalidades, merced al empeño y brío de sus viejos consocios, quienes sin dejar un solo momento, se dedicaron con el mismo afán a proseguir en la ejecución del ideal acordado, organizando otras brigadas sanitarias y enviando a la zona de la guerra sus propios recursos, materiales, instrumentos de laboratorio, en fin, cuanto medio poseía la sociedad, con sacrificio mismo de su propia economía.

De tan positivos beneficios resultó la campaña emprendida por la sociedad, que el Estado Mayor General del Ejército, después de agradecer y aplaudir la labor de la sociedad, le confirió a su Presidente interino, por ausencia del titular en campaña, todos los poderes para la organización del servicio médico militar de guerra en esta ciudad.

Dentro de estas mismas consideraciones cabe también traer a cuento, que merced al Instituto Médico «Sucre», que con tanta prodigalidad otorga sus beneficios, que la viruela, azote de los ejércitos en tiempos de paz y de guerra, ha quedado prácticamente anulada en las fuerzas armadas del país. Las estadísticas de morbilidad de anteguerra, las correspondientes a la época de la campaña y las que se refieren al período de post guerra, confirman plenamente este acerto, por lo menos en lo que se refiere a las zonas territoriales y contingentes de efectivos vacunados con el producto que elabora el Instituto Médico, lo cual constituye un nue-

vo timbre de honor y satisfacción, para enaltecerle en grado máximo.

Debo aún, para complementar esta breve reseña de la fecunda y patriótica cooperación del Instituto a la Sanidad Militar, referir aunque sea de paso, otros hechos más, que están íntimamente ligados a las actividades médico militares de la sociedad. Y para ello evocar con santa veneración los nombres de Don Manuel Ascencio Cuéllar, como jefe de los servicios sanitarios en la gloriosa jornada de Ingavi; el de los doctores Valentín Abecia, como Cirujano Mayor de las ambulancias bolivianas en la guerra del Pacífico; los de los Medina y Gerardo Vaca Guzmán en las mismas jornadas y el de Don José Cupertino Arteaga, como cirujano del Batallón Chorolque. Sumar luego las heroicas hazañas del sabio maestro, el Dr. Nicolás Ortiz, como cirujano en las exploraciones militares del Gran Chaco; los cruentos sacrificios de Ramírez y Mendoza en los alejados confines del Nor Oeste del territorio patrio; en fin, otros más y todos miembros de esta meritoria institución, que han dejado huellas imperecederas de su paso al servicio nacional.

Y, por último, quiero todavía citar que varios de sus socios, consecuentes con esta finalidad cívica, han continuado y algunos perduran aun todavía con su concurso profesional, al servicio de las fuerzas armadas de la República.

Es, pues, esta faz, quizás si de las más trascendentes, una entre las muchas, a las que el Instituto Médico ha consagrado su afanosa actividad social, la que ha movido a la Sanidad Militar de Bolivia, para sumarse al homenaje justiciero, que en la clásica fecha del advenimiento a la vida del Héroe Máximo de la República, conmemora hoy el Instituto, celebrando con júbilo el ciento cincuenta aniversario natal del Gran Mariscal de Ayacucho y las bodas de oro de la fundación de la sociedad.

En la persona de su Presidente titular saludo con admiración fervorosa al Instituto Médico «Sucre», a nombre de la Sanidad Militar y en la venerable figura

de su preclaro Presidente Honorario, único superviviente de la magnífica pléyade de los fundadores, rindo a nombre de aquélla el homenaje, preñado de unción cívica, a la memoria de esa ilustre generación de hombres de ciencia, honra y orgullo del acervo cívico nacional.

Sucre, 3 de febrero de 1945.

ECOS

El cincuentenario del Instituto y el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública

Portador de un artístico diploma de adhesión a las festividades conmemorativas del cincuentenario de la fundación del Instituto Médico «Sucre», fué el doctor Francisco Torres Bracamonte, quien lo entregó a nuestro Presidente a nombre del Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública.

Dicho diploma lleva esta inscripción:

«El Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública tributa su homenaje de admiración al Instituto Médico «Sucre» que, hace cincuenta años, en recuerdo de las hazañas del Gran Mariscal de Ayacucho, inició sus labores, prestigiando a la ciencia médica boliviana que irradia hoy con singular esplendor. Sus fundadores merecen el bien de la Patria.

La Paz, 3 de Febrero de 1945.

DR. GEORGE C. BERGMAN,
Jefe del Servicio Cooperativo Interamericano
de Salud Pública

Expresamos al S. C. I. S. P. nuestro más rendido agradecimiento, así como a su distinguido representante doctor Torres, Bracamonte.

SIFILIGRAFIA

Notas de Laboratorio

DIAGNOSTICO DE LA SIFILIS

Dos nuevas reacciones

El doctor Migliano ha publicado en el Boletín Sanitario Sao Lucas los resultados obtenidos en la investigación de la sífilis en la sangre total citratada y su plasma, después de haber probado su reacción en 7.787 muestras de sangre.

Hay concordancia entre esta reacción y la de Wassermann en 97,5 % de los casos y con las de Kahn y Kline en 98,8 %.

Independientemente de esta reacción, el autor estudió 1529 gotas de sangre, aplicando su procedimiento, que dió como resultado cifras iguales a los otros tipos de reacciones serológicas en cerca de un 100 % de casos.

Se afirma que esta nueva reacción es de suma utilidad para asegurarse de que la sangre de un sujeto donante en una transfusión, no está infectada de sífilis.

En la Revista Sanitaria y de Asistencia Social, de

Caracas, 8a. 587-598, se comenta la reacción serológica del Dr. A. L. Briceño Rossi para el diagnóstico de la sífilis en la forma siguiente:

«Se pone la sangre en un tubo capilar, el que se centrifuga durante uno o dos minutos a 1.500 revoluciones por minuto. Se rompe el tubo exactamente al nivel de la parte superior del coágulo y se deja caer una gota del suero sobre una lámina portaobjetos, sobre la cual se añaden una gota de solución de cloruro de sodio al 10 % y otra de antígeno de Kahn, el cual se ha diluido previamente. La lectura de la reacción se hace a los 30 segundos».

«La reacción fuertemente positiva da gruesas floculaciones en líquido transparente; las reacciones medianamente positivas tienen flóculos de menor tamaño, y las débilmente positivas se caracterizan por suspensiones coloidales de partículas finas. En la reacción negativa hay suspensión homogénea sin tendencia ni a la floculación ni a la precipitación».

«En 3072 sueros utilizados para esta reacción serológica, se hicieron también las reacciones standard y de comprobación de Kahn y de Wassermann; la comparación de los resultados fué favorable a la nueva reacción».

Notas clínicas

(De «Información sobre enfermedades venéreas», publicación de la Oficina Sanitaria Panamericana, Washington).

Tratamiento de la Sífilis en un día

Nathaniel Jones, passed assistant surgeon (R), Charles M. Carpenter, M. D., Ruth A. Boak, M. D., Stanford L. Warren, M. D. Henry Hanson, M. D.

En la actualidad son objeto de investigaciones varios sistemas intensivos de tratamiento antisifilítico. Se ha reconocido que un método de tratamiento rápido, en igualdad de condiciones de seguridad que los métodos standard, ofrecería las ventajas de hacer más corto el período infectante, eliminar un largo plazo de tratamiento y disminuir el costo de curación.

Durante los últimos quince años se han hecho estudios que demuestran que la fiebre artificial es eficaz en el tratamiento de la parálisis general progresiva; pero de muy poco valor en el de la sífilis reciente. Debido al fracaso de la fiebre artificial sola para curar la sífilis primaria y secundaria, se ha hecho trabajos experimentales en los conejos empleando simultáneamente dosis de compuestos arsenicales, inferiores a las que se consideran normalmente terapéuticas (dosis subcurativas o subterapéuticas).

Las primeras observaciones indicaron que los resultados más favorables fueron alcanzados con una inyección intravenosa de neoarsfenamina (10 miligramos por kilo de peso) y la aplicación consecutiva de piretoterapia a 41° 5 C., durante tres horas. Los últimos experimentos, usando piretoterapia y mafarside, enseñaron que el método más eficaz consiste en una sola inyección intravenosa, de 2 miligramos por kilo, y fiebre artificial al 41° 5 C. durante 3 horas.

El éxito de este sistema terapéutico en la sífilis experimental del conejo hace suponer que tendrá gran valor en la sífilis humana.

Los reportes actuales de los primeros resultados obtenidos en el tratamiento de sífilis reciente con fiebre artificial y mafarside, se basan en observaciones hechas hasta septiembre 10. de 1943.

El trabajo se principió a hacer en un centro establecido para el tratamiento rápido de enfermedades venéreas, en Duval County Hospital, de Jacksonville, Florida.

SELECCION DE ENFERMOS

Los enfermos escogidos para este estudio tenían síntomas clínicos que evidenciaban sífilis reciente y no habían recibido ningún tratamiento antisifilítico. El diagnóstico se corroboró por el campo oscuro y reacciones serológicas. Las contraindicaciones para este sistema terapéutico son: la tuberculosis pulmonar activa, enfermedades del corazón, clase II y III, enfermedades renales en evolución, síndromes perivasculares de cualquier tipo y obesidad excesiva. La mayoría de los enfermos tratados eran jóvenes, el 79 % negros, 21 % de raza blanca, 46 % hombres y 54 % mujeres.

EXAMEN Y PREPARACION DEL ENFERMO

Se hospitaliza el enfermo medio día antes de empezar el tratamiento y se le hace un examen físico general. Siempre que esté indicado, se practica un roentgenograma del tórax. El único examen que se hace sistemáticamente a estos enfermos es el de la hemoglobina en la orina, y antes del tratamiento se dan al enfermo 3 litros de agua y 12 gramos de cloruro de sodio en 3 dosis de cuatro horas. No se observa ninguna dieta. y se permite el enfermo almorzar el día del tratamiento

TRATAMIENTO

El tratamiento consiste en el uso simultáneo de fiebre y mafarside. La dosis total y la división de ésta en dosis parciales, se basan en los resultados obtenidos al tratar experimentalmente la sífilis del conejo con un sistema terapéutico similar.

Debido a que la experimentación en los animales demostró que la fiebre aumenta la toxidez del mafarside, se emplearon dosis menores que las terapéuticas para tratar al primer grupo de pacientes, con el propósito de evitar reacciones tóxicas. Se emplearon 3 esquemas de tratamiento.

Esquema A. 1 miligramo de mafarside por kilo de peso se administra *al mismo tiempo* que el paciente recibe fiebre artificial, pero antes de que la temperatura llegue a 39° 5 C. (103° F.)

La cantidad calculada de esta droga se disuelve en agua tridestilada y se inyecta intravenosamente.

Esquema B: 1 miligramo de mafarside por kilo de peso se inyecta intravenosamente al atardecer aplicándose la píretoterapia al *siguiente día*. Al terminar la fiebre, se aplica nuevamente inyección intravenosa de mafarside de 1 miligramo y medio por kilo. La dosis de esta droga se disuelve en agua tridestilada y se inyectada por vía endovenosa.

Esquema C: A la terminación, se administran 2 miligramos de mafarside por kilo de peso. El medicamento se disuelve en agua tridestilada como en los casos anteriores; entonces se le agregan 250 c. c. de solución de glucosa al 5 por ciento, en una solución de 0.85 por ciento de cloruro de sodio, y se inyecta intravenosamente gota a gota. Este procedimiento requiere como 15 minutos y usualmente se termina cuando la temperatura ha regresado a 40° 5 C. (105° F.).

Fiebre Artificial: A las 7.30 de la mañana del tratamiento se pone al enfermo en el aparato de fiebre artificial (Rochester Radiant Energy). La densidad del plasma sanguíneo se usa como guía para estar seguro de que la sangre tiene la cantidad normal de líquido

durante la aplicación de la fiebre. Se eleva la temperatura gradualmente hasta $41^{\circ} 1 \text{ C.}$ (106° F.) durante 2 horas y se sostiene a esta temperatura durante cinco horas.

Continuamente se anota la temperatura rectal y se ratifica periódicamente con un termómetro clínico. A intervalos de 10 minutos se toman y anotan la respiración, el pulso y la temperatura. Durante la aplicación de la fiebre se dan al paciente de 300 a 400 c.c. de agua (u otro líquido), por hora y por vía oral mientras la densidad del plasma sea de 1.0258 o menos, y se darán de 400 a 600 c. c. por hora cuando el peso específico suba a 1.0288 o más. Durante todo el tratamiento el enfermo está bajo el cuidado de una enfermera especialmente entrenada para el caso.

Al terminar las 5 horas de fiebre, se abre el gabinete para permitir la defervescencia que por lo regular requiere una hora. El enfermo se traslada a una cama y se observa la temperatura normal (37° C o $96^{\circ} 6 \text{ F.}$). Ninguna restricción es impuesta al enfermo salvo que descansa en cama por algunas horas. La mayoría de los pacientes abandonan el hospital en la mañana del día siguiente del tratamiento, aunque algunos salen la misma noche del día del tratamiento.

OBSERVACIONES DEL PACIENTE DESPUES DEL TRATAMIENTO

Los enfermos tienen que ser observados por un período de 5 años, volviendo a la clínica semanalmente durante las ocho primeras semanas, mensualmente por los siguientes seis meses, y cada tres meses durante el siguiente año y después anualmente. En cada uno de estos exámenes se investigará la sífilis por procedimientos clínicos y se tomará muestra de sangre para reacción cuantitativa de Kahn. El examen del líquido céfalo-raquídeo se hace antes de que el enfermo salga del hospital o en la primera vez que regrese.

RESULTADOS

Se han tratado 410 enfermos hasta la fecha. De este número, 280 no habían recibido tratamiento especificado con fiebre artificial y mafarside, 72 enfermos de éstos han sido tratados con el esquema A, y han estado bajo observación por lo menos 6 meses, 34 tienen un año o más de estar bajo observación, 122 enfermos tratados con el esquema B. han estado bajo observación de 4 a 6 meses y los 86 tratados con el esquema C, han sido seguidos no más de 4 meses.

De los 72 enfermos tratados según el esquema A, 13 (18.1%) tuvieron recidiva comprobada clínicamente. Once recidivas ocurrieron durante los primeros cuatro meses; en seis de estos casos se trató de reinfección. El porcentaje más grande de recidivas (35%) se presentó en los enfermos que tenían sífilis secundaria. De los 122 enfermos tratados según el esquema B, e inyectados con una gran cantidad de mafarside, hasta la fecha 7 (5.7%) han tenido recidiva clínica. Se presentó un caso en el que probablemente se trataba de reinfección. También en este grupo el porcentaje más alto de recidivas (21%) se presentó en los enfermos que

Esquema del tratamiento	Enfermos tratados	Tiempo de observación (meses)	RESULTADOS					
			Recidivas				Probablemente reinfección	
			Clínicas		Serológicos			
			No.	%	No.	%	No.	%
A 1.....	72	6.12	13	18.1	3	4.2	6	8.3
B 2.....	122	4.6	7	5.7	1	0.8	1	0.8
C 3.....	86	0.4	2	2.3	0	0	0	0
Total ...	280		22	7.8	4	1.4	7	2.5

tenían sífilis secundaria. De los 86 casos tratados con el esquema C, únicamente 2 (2.3%) han tenido recidivas hasta la fecha. Estos enfermos han sido observados durante cuatro meses.

La reacción serológica practicada después del tratamiento está de acuerdo con los hechos clínicos.

Durante los primeros dos meses después del tratamiento, se nota un descenso marcado de la reagina en la sangre de los enfermos con sífilis primaria y secundaria. Así pues, la desaparición de la reagina fué menos rápida. En los casos de enfermos tratados por sífilis reciente latente, la prueba serológica positiva se hizo negativa más despacio que en los casos de sífilis reciente. En 30 por ciento de los casos de sífilis observados de cuatro meses a un año las reacciones serológicas para sífilis se hicieron negativas. Los enfermos restantes que quedaron con reacciones positivas tenían de 4 a 20 unidades de reagina (variación que dependía del tiempo transcurrido entre el final del tratamiento y la fecha en que el paciente se sometió a examen).

La recidiva serológica solamente se ha presentado en 4 pacientes, 3 en el esquema A y uno en el esquema B.

OBSERVACIONES

Los primeros resultados usando simultáneamente mafarside y fiebre artificial indican que este sistema terapéutico resiste favorablemente la comparación con otras formas de terapéutica intensiva para la sífilis reciente.

Los resultados obtenidos en la sífilis humana están de acuerdo con los obtenidos en el tratamiento de la sífilis experimental del conejo.

Se ha hecho necesario ciertas modificaciones en este procedimiento. A los enfermos se les dió un tratamiento de 5 horas de fiebre artificial a 41° C. (106° F.) en lugar de 3 horas a 41° 5 (106 F.) que se usó para los conejos.

La experimentación en conejos llevada a cabo en nuestro laboratorio ha demostrado que la fiebre aumenta la toxidez de los arsenicales. Nuestras observaciones en nuestros pacientes enseñan que los resultados están en contradicción con los obtenidos por Rose, Simpson y Kendell, quienes en un reporte preliminar sobre el tratamiento de la sífilis humana con fiebre y arsenicales establecieron que la fiebre disminuyó la toxidez de la droga. Los enfermos tratados por los métodos descritos no tuvieron nefritis como consecuencia del tratamiento, lo que sí ocurrió en los enfermos de Thomas Wexler, Schur y Goldring. Es necesario hacer notar que la cantidad de arsénico empleada por estos investigadores en sus pacientes fué mayor que la cantidad empleada en los tratamientos que acabamos de describir.

Con el tipo del tratamiento diseñado en el esquema A, 8 por ciento de los pacientes sufrieron choque y 15 por ciento tuvieron síntomas gastrointestinales, como náuseas, vómitos y diarrea. Este choque no apareció en los enfermos tratados con el esquema B pero el 8 por ciento se quejaron de ligero dolor de cabeza y vértigo. Se presentaron síntomas gastrointestinales en 18 por ciento de este grupo, lo que puede atribuirse a que se les suministró mayor cantidad de mafarside. No se observó choque en los enfermos tratados según el esquema C. Los síntomas gastrointestinales se presentaron ocasionalmente y muy pocos enfermos se quejaron de dolor de cabeza y vértigo. Hemos continuado usando el esquema C, porque produce menos malestar al paciente y por lo menos parece ser tan efectivo como las demás. Se han dejado de usar los esquemas A y B.

La mayoría de los casos de recidivas tanto clínicas como serológicas, se presentaron durante los tres primeros meses consecutivos al tratamiento, en su mayoría se desarrollaron en enfermos con sífilis secundaria. Los casos registrados como reinfecciones se catalogaron así de acuerdo con el criterio establecido por Stokes, Cole, Moore, O'Leary, Parran y Wile. Las recidivas son muy raras después de los cuatro meses, pero el pronós-

tico definitivo no puede predecirse hasta después de 5 años de observación.

El uso simultáneo de la fiebre y el mafarside ofrece un sinnúmero de ventajas. El tratamiento puede ser de 8 horas y el tiempo completo de hospitalización reducirse a 48 horas aproximadamente. Una de las ventajas de este tratamiento es que el enfermo queda capacitado para trabajar inmediatamente o al día siguiente de su salida del hospital. No son necesarias investigaciones de laboratorio, como estudio de las funciones renal y hepática. Bajo el presente plan el costo del tratamiento es como de \$30 dólares por cada caso. Entre los casos tratados no se presentaron complicaciones severas como dermatitis arsenicales, encefalopatías o ataque del riñón. Solamente en 4 por ciento de los casos fué necesario suspender el tratamiento.

Los resultados favorables, la sencillez del procedimiento y el escaso costo del tratamiento hacen que el método merezca ser tomado en cuenta. Posteriormente se reportarán nuevas observaciones en este grupo y los casos de otros enfermos.

RESUMEN

Hemos descrito un método de tratamiento rápido de la sífilis en un día empleando simultáneamente el uso de la fiebre artificial y el mafarside, habiéndose empleado 3 diferentes esquemas. Se obtuvieron los mejores resultados utilizando 2 miligramos de mafarside por kilo de peso después de dar 5 horas de fiebre artificial a $41^{\circ}.1\text{ C}$ (106° F.)

Hasta la fecha no se han presentado complicaciones serias con este procedimiento.

De nuestro socio correspondiente el Sr. Jáuregui R.

EL Dr. NICOLAS ORTIZ

Dos apuntes anecdóticos

El año 1898 era yo —perdonadme este pronombre tan odioso— escribiendo supernumerario en la secretaría de la Cámara de Diputados. El Dr. Nicolás Ortiz era representante por la Capital y formaba en ese grupo que, al terminar la legislatura, proyectó la *Ley de Radicatoria*, que ocasionó el estallido del orgullo de la diputación paceña, fué pretexto para la guerra civil más sangrienta que ha habido en Bolivia, trajo la derrota de las tropas sudistas y dió origen al aniquilamiento de la ciudad de Sucre.

Naturalmente mi relación con el diputado fué muy ligera y ocasional: lo que exigía el despacho. El era entonces ya profesor en la Facultad de Medicina y yo estudiante en el segundo año de la Facultad de Derecho. Pero seis o siete años después, cuando me tocó ser Síndico de la Municipalidad él era Munícipe y fué entonces que tuve oportunidad de conocerle mejor, tratarle de cerca, e cuchar sus opiniones, leer sus escritos y apreciar sus méritos. Desde entonces le estimé mucho, le profesé verdadero afecto y... después de treinta y seis años no me he arrepentido de la veneración de entonces, que ha sido para mí hacia él siempre un culto de amistad sincera, respetuosa y agradecida.

Cierto día conversaba de la persona del Dr. Ortiz con mi madre —que en paz descansa ya— y que fué muy amiga del prócer en que me ocupo. Ella me dijo estas palabras que no he olvidado nunca:

—El Dr. Ortiz es un santo y deben todos querer.

lo mucho. Cuando se trata de servir es abnegado cual ninguno.

Luego seguimos haciendo consideraciones sobre el mismo tema y por fin ella me contó la siguiente anécdota, que en sus labios tenía todo el perfume de una flor de recuerdo y de agradecimiento. Algo muy parecido a una bendición.

—Muchos años há, cierta noche, después de una larga y muy penosa enfermedad llegó para mí un momento supremo: los médicos perdieron la esperanza de salvarme cuando agotaron todos los recursos de la ciencia; sólo una crisis, muy difícil de producirse, daría otro desenlace al drama de mi vida... que se iba. Los doctores Montalvo y Pórcel, Don César, estaban tan apenados como los demás de la casa, y yo lo veía y comprendía todo, porque la enfermedad tenía esa crueldad más: me dejó el completo y claro uso de las facultades mentales. Tu padre, tus tíos y algunos amigos de la casa hacían esfuerzos por disimular su congoja, inútilmente, junto a mi cama se apretaban las manos con dolor, con desesperación y lloraban.

Desde días antes y por recomendación de los médicos estaba como ayudante en los momentos de curación, un joven estudiante de medicina, cruceño, muchacho de unos 20 a 22 años en quien los facultativos tenían gran confianza. La noche aquella el estudiante estaba allí y guardaba silencio pero no se manifestaba muy desconsolado y, más bien, me alentaba a esperar en el efecto de las drogas últimamente utilizadas. Cuando los médicos creyeron conveniente retirarse ofreciendo estar de vuelta muy temprano, tu padre trató de detenerlos, pero ellos respondieron:

—Que quede el practicante, él verá lo que haya que hacer en su caso; nosotros volveremos temprano...

Y yo leí en sus rostros la sentencia: ellos no volverían, porque —luego lo supe— habían previsto que la cosa terminaría entre 11 y 12 de la noche.

El practicante tomó asiento junto a la cama y

me prodigó dulces palabras de consuelo y se demostró muy activo en la curación; pero a las 10 y 30 se afanó por salir un momento prometiendo regresar en breve. Todos le detenían y rogaban, pero él insistió y no hubo más que dejarle hacer. Efectivamente, a las 12 volvió y alguien se había fijado en que venía vestido de etiqueta, tomando este detalle como de gran previsión para el caso de mi muerte. A la llegada declaró, hechas las observaciones más cuidadosas, que la enferma estaba muy mejorada y que la crisis tendría lugar. Y así fué: un sueño reparador tranquilizó mi organismo y los dolores cedieron. Cuando llegaron los dos médicos yo estaba verdaderamente mejorada; el practicante les informó de lo ocurrido durante la noche y también les dijo que había salido a la calle y deteniéndose fuera más de una hora... por un asunto inaplazable. Disimulando mal los médicos su disgusto iban a hacerle un interrogatorio, quizás una reprensión, cuando él les interrumpió con estas palabras:

—Desde mucho tiempo atrás ya estaba señalada esta noche para mi matrimonio; todo estaba arreglado y yo no podía faltar, pero sólo he tardado una hora. He cumplido allá mi compromiso y ahora cumpliré aquí mi deber.

No le dejaron terminar: aquello fué una explosión de felicitaciones y agradecimientos, en los que participé por mi notable mejoría, y tal fué así que pocos días después pude dejar el lecho y entrar en franca convalecencia.

Otra ocasión, muchísimos años más tarde, cuando ya me honraba con la amistad de este querido maestro y consejero, y ya me ligaban a él los vínculos del parentesco espiritual, acudí en solicitud de sus servicios profesionales: mi esposa estaba en momentos de salir de conflicto —como ha dado en decirse al caso del alumbamiento—, y sólo tenía confianza en el compadre Ortiz. Y así eran todas las damas de Sucre: si el Dr. Ortiz no estaba presente preferían quedarse a oscuras. Es por eso que este sabio médico tiene tantos centenares de ahijados que le llaman amorosamente *papaíto*!

Apenas escuchada mi relación aprestóse el compadre para salir conmigo, rápidamente, con todo cariño... como siempre, cuando he aquí que ya en el zaguán de la casona que habitaba, se presenta un indígena mal vestido, de aspecto acongojado y en tono clamoroso le dice:

—Tatay, mi mujer se esta muriendo de parto; si vos quisieras me lo vieras...

—Y ¿dónde vives? interrógale el doctor.

—Yo, aquí no más... de la Recoleta ahisito tatay...

Ortiz meditó unos segundos y pronto tomó su resolución.

—Vaya, compadre, me dijo, yo atenderé primero a este pobre hombre que tiene cara de agonizante y luego estaré en su casa. Luego terminó riendo y ya en camino con el hombre que le llevaba hasta *ahisito* no más:

—Dígale a la comadre que se espere un poco, ya estaré por allí.

Y se fué andando hacia la falda del cerro, todo de subida, en un día de sol canicular y a la hora incendiada del medio día. A las tres y media se presentó en casa, fatigado y alegre. Apenas entró me dijo:

—Compadre, un caso hermosísimo aunque un poco difícil, pero ya he dejado a la mujer esa con su guagua en brazos. Ahora vamos a ver a la comadre. Y la comadre, que cumplió la orden de esperar, dió a luz a las cuatro, y el doctor Ortiz fué quien recibió en sus brazos a mi hijo Jorge, ese Subteniente que hoy se bate en Alihuatá. Y este muchacho, lo mismo que los anteriores y lo mismo que todos en mi casa, tenemos culto afectuoso hacia la persona del doctor Ortiz, hombre ejemplar, médico modelo de bondad y desprendimiento.

Refiero estos dos casos sólo como ejemplos, pues cien tendría parecidos o iguales analizando la vida profesional del actual Decano Honorario de la Escuela Médica de Sucre.

Justamente en esta época a que me he referido -1914- leía yo con gran interés la relación de viaje de

la Comisión exploradora del Chaco, aquella que debía buscar los restos de Mr. Creveaux, y que encabezaba Mr. Thouar. Ortiz formó parte en ella, y todos los miembros de la comisión no han tenido más que palabras de elogio para el amigo y el médico que supo sacrificarse por todos posponiendo su comodidad, seguridad y vida a la comodidad y vida de todos.

Más tarde, en la carrera pública del Dr. Ortiz hay mucho que elogiar y mucho que admirar. ¡Cuántas fundaciones, cuántas iniciativas, cuánto beneficio se debe a Ortiz, a su tenacidad, a su tino y a su predicamento, obras de inteligencia y sagacidad!! El Hospital, los Manicomios, el Municipio, la Facultad de Medicina, el Instituto Médico, la Universidad etc. etc. ¡Cuánto le deben y cómo tienen la obligación de inmortalizar su nombre y su labor científica, como ha hecho ya la ciencia médica botánica consignando su apellido e imponiéndolo en una flor, en un nuevo ser del reino vegetal por él descubierto y clasificado!!

Largo sería catalogar los méritos y servicios del Dr. Ortiz, y yo podría hacerlo ya que los he seguido paso por paso, gracias a esta mi incurable manía de anotar todo, todo lo que otros olvidan y lo que muchos desdeñan; pero temo primero, ofender la modestia sincera del sabio respetable, y segundo, cansar la atención de mis compañeros rotarios.

Recuerdo también su actividad, su entusiasmo y su energía en esos días terribles para Sucre, cuando desconocidos sus derechos de ciudad Capital, sus méritos de urbe iniciadora del movimiento libertario del Continente, se irguió valientemente en defensa de esos derechos y esos méritos y puso en peligro su vida por salvar el honor de la ciudad de que había hecho su segunda patria chica. Ortiz fué de los primeros y de los mejores, y luego de ocupar el puesto del peligro y prestar los más importantes servicios, se puso al margen, se retiró de la escena para librarse del fastidio de los aplausos a que tenía derecho.

Más tarde, cuando más entregado estaba a su noble tarea de hacer el bien en cuantas formas es posi-

ble hacerlo, el Maestro de la Juventud fué salpicado de lodo envenenado; pero pisó y pasó mayormente elevado en el concepto de la opinión pública, que no siempre es agradecida y muchas veces es injusta.

He aquí, compañeros rotarios, la noble figura moral del Dr. Ortiz, pintada con cuatro malos rasgos, pero eso sí, inspirada en un hondo cariño y un profundo respeto. ¿Está bien hecha? No lo sé de fijo, pero así me ha salido del corazón y así la ha trazado mi pluma.

Ved en él al genuino representante de la hermosa y fecunda tierra oriental, trasplantado a nuestras estériles montañas, en las que plantó su tienda, cultivó su inteligencia, ensanchó su corazón, hizo su hogar, su vida, y esa inteligencia, ese corazón y esa vida dieron los mejores frutos de bondad y de piedades.

Sucre, septiembre de 1935.

ALFREDO JÁUREGUI ROSQUELLAS

NOTA.—Este trabajo fué leído por su autor en una sesión rotaria celebrada en honor de Santa Cruz.

CRONICA

El cincuentenario de la fundación del Instituto

Juntamente con las festividades del sesquicentenario del nacimiento del inmortal héroe y vencedor de Ayacucho, fundador y padre de la República de Bolivia, Mariscal ANTONIO JOSE DE SUCRE, se ha celebrado el primer cincuentenario de la vida de nuestra institución el 3 de Febrero del presente año.

El programa de nuestros festejos, en síntesis, fué el siguiente:

DIA 3 DE FEBRERO

Hs. 2 p. m.—Visita a las distintas secciones o departamentos científicos del Instituto por el público invitado, durante la cual la banda del Batallón de Comunicaciones Aniceto Arce, ejecutó un concierto militar muy selecto.

Hs. 3 p. m.—Sesión de honor, bajo la Presidencia del Presidente Honorario, en la que leyó su Memoria el Presidente Activo, Dr. Ezequiel L. Osorio; hizo una reseña histórica de la fundación y marcha del Instituto hasta nuestros días el doctor Manuel Cuéllar. Presidente Honorario; habló el señor Rector de la Universidad, Dr. Guillermo Francovich; pronunciaron alocuciones muy atinadas el representante de la Facultad de Medicina,

vicecedano Dr. Raúl Fernández de Córdova, y los delegados de varias entidades sociales médicas y sanitarias; y dió una brillante conferencia, cuyo resumen nos es grato publicar, el Dr. Enrique Saint Loup, nuestro muy estimado socio activo domiciliado en La Paz. Una orquesta especial ejecutó en los intermedios del acto escogidos trozos de música y particularmente el himno nacional y el himno «AL GRAN SUCRE».

Hs. 7 p. m. Se ofreció a una numerosa concurrencia, que pasaba de trescientas personas, una copa de champaña y un bien servido *buffet*. Amenizó la reunión la buena ejecución artística de la orquesta López.

DIA 4 DE FEBRERO

A las 11 de la mañana los miembros del Instituto hicieron una romería al cementerio llevando bellas coronas de claveles para depositarlas en las tumbas de los fundadores de la Sociedad.

Estuvieron presentes los miembros de las familias de los ilustres extintos.

A la 1 p. m., en los salones del Círculo Médico, se sirvió el almuerzo íntimo ofrecido por el Instituto a sus socios correspondientes, a sus colegas visitantes y a sus invitados. Fué una reunión de verdadera y cordial amistad y confianza, a la que también asistieron el señor Presidente de la Excma. Suprema Corte de Justicia, el señor Rector, el señor Prefecto y, en representación de su señor padre (privado de concurrir por su estado de salud) el señor Manuel Cuéllar Prudencio. El doctor Aniceto Solares pronunció un hermoso discurso de ofrecimiento y el socio correspondiente, Dr. Alfredo Jáuregui Rosquellas, a invitación del señor Presidente, hizo uso de la palabra para contar algunas anécdotas inéditas referentes a la vida del Gran Mariscal, con la maestría y el perfecto dominio de nuestra historia que tiene el eminente publicista, presidente de la Sociedad Geográfica «Sucre».

A las 4 p. m., el doctor Clovis Urioste, nuestro socio de número y muy entusiasta y decidido miembro

del Instituto, agasajó al personal de la Sociedad y a muchas otras autoridades y personas invitadas en una agradable *garden party* que ofreció en su preciosa quinta «El Guereo».

De viaje

El doctor Manuel Cuéllar, nuestro Presidente honorario, viajó a Buenos Aires con objeto de atender su salud, bastante resentida desde hace algún tiempo. Deseamos que encuentre alivio efectivo para sus dolencias y que pueda volver pronto al seno de la Sociedad que fundó, y en la que goza de toda estimación.

El doctor ANICETO SOLARES, que tantos y tan honrosos títulos que consagran su valer intelectual tiene ganados en distintos campos de actividad, pero principalmente es su especialidad la Oftalmología, viaja a los Estados Unidos, aceptando una invitación especial transmitida por el señor Embajador de aquella gran nación. Permanecerá allí algún tiempo visitando las organizaciones científicas principales y con especialidad las que le interesan en el ramo de sus preferencias. Formulamos votos por que el mejor éxito corone sus deseos de apreciar y estudiar las progresistas organizaciones médicas y sanitarias de la patria de Washington y Franklin, que, siguiendo la política cordial del Presidente Roosevelt, ha sabido granjearse toda la simpatía y el afecto sincero de los países de la América Latina.

El doctor PARAVICINI se ausenta también al Extranjero por poco tiempo para servir a la Universidad en misión especial.

Cancerología

Se está organizando un servicio de diagnóstico y tratamiento del cáncer, con proyecciones a servir también de centro de investigación. Ojalá cumpla su programa en toda su amplitud y cuente siempre con los recursos necesarios para el trabajo que va a desarrollar.

Laboratorio biológico

Se están realizando las obras de demolición de una casa antigua de propiedad de la Universidad, para construir en el sitio que ocupaba un laboratorio de investigaciones biológicas adecuado a los progresos alcanzados por la ciencia en los tiempos actuales y provisto, por consiguiente, de todo el material necesario. Sería de desear que en el mismo local, que es amplio, se estableciera una sección de terapéutica experimental y farmacodinamia.

Consultorio oftalmológico La Personne

Con esta denominación se ha inaugurado en el hospital Santa Bárbara una nueva sección para atender el servicio externo de esta especialidad y también la de otorrinolaringología, en bien del pueblo. La inauguración se efectuó el día 1º de Mayo, Fiesta del Trabajo. El consultorio posee todo lo indispensable para diagnóstico y tratamiento de los ojos, el oído, la nariz y la garganta, y, aunque sin mucha apariencia, responde perfectamente al fin para el que ha sido creado.

La nueva sección se debe al empeño y decisión de su creador Dr. Aniceto Solares, cuya obra humanitaria merece aplauso.

Estudios de anatomía

No dudamos que los profesores del ramo, además de su reconocida competencia en la materia, poseen también, condiciones docentes y didácticas de primer orden. Estamos seguros de la práctica que se hace en los cadáveres bajo su dirección. Pero también es preciso pensar en las deficiencias materiales que hay que subsanar y que el tesoro universitario podría hacer, ahora que goza de autonomía en sus gastos. Hace falta un frigorífico para congelar los cadáveres y conservarlos en buen estado y sin mal olor durante el tiempo que se los precise para las disecciones y preparaciones. También es imprescindible un equipo moderno para in-

yectar parafina y preparaciones especiales destinadas a dar relieve a los vasos en las preparaciones, así como barnices apropiados para las mismas.

Igualmente, la Facultad debe poseer varios esqueletos completos y colecciones de huesos para los estudiantes de osteología. En cuanto a la enseñanza de la miología y particularmente de la esplanología, neurología y, de una manera general, de las otras partes del estudio anatómico, debe adquirir a la brevedad posible un buen clástico o dos. Los hay magníficos en las casas fabricantes de esta clase de objetos. Sin esperar conseguir el hombre de cristal que figuraba en el museo anatómico de Dresden, se puede obtener algo bueno y útil para la enseñanza.

Como la anatomía es una ciencia básica para la medicina, creemos que tiene tanto o más derecho que las ciencias clínicas a ser atendida en su aprendizaje, ya que la patología y la terapéutica, sin ella, serían estudios realizados en el aire, sin fundamento efectivo.

Círculo médico

Esta corporación médica, de orden social, está en vísperas de ser organizada. Han suscrito cuarenta firmas de profesionales de la medicina y ciencias afines, aceptando las condiciones del reglamento de admisión, además de 15 miembros del Instituto. Es muy posible que con las fiestas mayas dé comienzo a su vida esta nueva entidad médica social, que cuenta principalmente con un amplio salón de lectura y la Biblioteca del Instituto Médico Sucre, además de dos locales de entretenimiento y conversación.

Dr. Ernesto Navarre

Distinguido miembro de la familia médica boliviana, hombre cultísimo desde todo punto de vista, erudito en estudios de historia nacional, caballero en toda

la acepción del vocablo, buen amigo y compañero, el doctor Ernesto Navarre que desempeñaba la vicerrectoría de la Universidad de La Paz y el decanato de la Facultad de Ciencias Biológicas, desapareció súbitamente del escenario de la vida, sembrando la consternación entre todos los que le trataron y especialmente entre sus colegas, que tanto apreciaban sus sentimientos, su ilustración, su comportamiento digno y su acendrado patriotismo.

El Instituto Médico ha sentido de veras y profundamente su prematura muerte, habiendo expresado su condolencia a la Sra. viuda del extinto y a la Universidad de La Paz, mediante telegramas.

Renovación del Directorio del Instituto

A principios de marzo, cumpliendo los Estatutos, se reunió una asamblea general de los miembros de la Sociedad con el objeto de elegir la mesa directiva que debe guiar sus labores hasta marzo del año entrante de 1946.

El resultado de la elección fué el siguiente:

Presidente, Dr. Ezequiel L. Osorio (reelegido)

Vice, Dr. Gustavo Vaca Guzmán.

Tesorero, Dr. Francisco V. Caballero (reelegido).

Secretario, Dr. José Aguirre T. (reelegido).

Vocales suplentes: Dres. Manuel Leonidas Tardío y Clovis Urioste Arana.

Salud Pública

La colaboración decidida que presta a nuestro país el Servicio Cooperativo Interamericano de Salud Pública, que funciona bajo los auspicios del ministerio del ramo en Bolivia, tiene gran valor para lograr la realización de muchos proyectos que no se hacían efec-

tivos por dificultades de orden moral. Se presta confianza a las instituciones norteamericanas, que tienen la fama de ser prácticas ante todo, y útiles, además, como lo han probado en cuantas regiones se han implantado. Nosotros en cambio, titubeamos todavía mucho para tomar una resolución o llegar a una decisión, a causa de la falta de experiencia y de la inseguridad del terreno que pisamos, pues en ciertas ocasiones se encuentra oposición hasta en el seno mismo del cuerpo médico, que duda de la capacidad de los dirigentes sanitarios bolivianos.

Ha llegado el momento de emprender seriamente la gran obra de la sanidad nacional y regional, sin dudas ni vacilaciones, para lo que se precisa estudiar metódicamente planes trienales o cuatrienales, que, al desarrollarse, nos conduzcan al fin deseado, que no es otro que el de lograr combatir con pleno éxito las enfermedades epidémicas, y obrar al mismo tiempo vigorizando las defensas vitales por los medios más adecuados,

Quizá por el momento es muy frondoso en ramas el servicio sanitario, y quizá también estas ramas son demasiado débiles y no dan el rendimiento que de ellas se espera. Preferible es, en un comienzo, no abarcar mucho aún; pero eso sí, sostener unas cuantas organizaciones sólida y fructíferamente. Pretender hacerlo todo de una sola vez no es cuerdo ni conveniente. Si las distintas secciones de la sanidad pública actual, languidecen y no llenan debidamente las funciones para las que fueron creadas, es sobre todo por falta de medios y recursos, antes que por falta de labor de sus funcionarios.

Que la asociación de iniciativas, de actividades, de inteligencias, conduzca al país por un derrotero de verdadero y firme progreso sanitario. Por eso el Servicio Sanitario Nacional debe aliarse estrechamente con el Servicio Interamericano. Bolivia requiere una organización sanitaria eficiente en sus resultados, más que bien concebida en teoría y bien formulada en reglamentos.

Nuevo Rector de la Universidad

Con particular agrado hemos visto que las elecciones rectorales del claustro universitario de profesores y alumnos delegados, pudieron designar después de algunos inconvenientes, una personalidad de las relevantes condiciones intelectuales y morales y de bien ganados prestigios como el doctor en derecho y ciencias sociales don Guillermo Francovich, que estamos seguros ha de contribuir a mantener y acrescentar la reputación de la casa de estudios superiores más antigua de Bolivia.

Congratulaciones al nuevo Rector por su nombramiento y a la Universidad por el acierto con que ha escogido su primera autoridad.

Un servicio sanitario deficiente

Necesidad inaplazable de mejorarlo y modernizarlo

La naturaleza nos marca el camino; el arte nos señala la manera de ayudar a la naturaleza; la ciencia nos da sus directivas para obrar con seguridad; así pues, la naturaleza, la obstetricia y la eugenesia forman la trilogía que marca la conducta de la humanidad para rodear de todas las garantías posibles la salud de la madre y del recién nacido. Cumpliendo los principios de la ciencia, los preceptos del arte y los designios de la generación de la especie humana, que se encierran en el complejo profundo de la evolución universal, todos los pueblos civilizados se esfuerzan por satisfacer debidamente, sobre la base de los progresos que han alcanzado, la obligación social por excelencia, el deber elemental de cultura, de rodear de las condiciones más favorables, empleando los mejores recursos, el nacimiento de sus semejantes. La vida y el porvenir de las naciones dependen de ello. La augusta, la incomparable, la noble función de la maternidad debe ser merecedora

de las atenciones más esmeradas, más prolijas y más inspiradas en la ciencia y la experiencia.

Nuestro país que, en materia de higiene y profilaxia sociales, marchaba hasta hace poco bastante a la zaga de las naciones europeas y americanas, ha comenzado ya felizmente a entrar dentro de la corriente renovadora de la civilización y del progreso. Ya en algunos centros del país, la atención prenatal, natal y postnatal se encuentra subordinada a las conclusiones deducidas por los investigadores, por los experimentadores, por los higienistas, los médicos y los especialistas en la materia, que a su vez, para cumplir su misión, tienen que acesorarse de los técnicos en construcciones e instalaciones sanitarias.

En Sucre hemos mantenido sensiblemente un espíritu muy conservador, y si la teoría que se estudia y no se aplica, corresponde efectivamente al primer tercio de este siglo, la práctica está en relación con la rutina transmitida por las anteriores generaciones, pegadas a la tradición y estratificadas en el *modus operandi* del siglo XIX.

Esto que afirmamos es la consecuencia lógica de que los estudiantes y los médicos que han hecho su educación tocológica en esta tierra, no han visto una cosa diferente ni se han formado por este motivo, una idea exacta de lo que corresponde hacer para *poner al día* la organización de los servicios obstétricos.

Funciona en el hospital Santa Bárbara una sección reducida e inapropiada a su objeto, que, sin embargo, ha prestado y presta servicios al pueblo de Sucre, la de la Maternidad. Pero, hay que confesarlo, esta sección es insuficiente y deficiente. Además, ofrece peligro y no responde en manera alguna ni al servicio externo de maternidad y profilaxia prenatal, ni tampoco al estudio y tratamiento científico de casos patológicos, anormales o de trascendencia hereditaria.

Una verdadera Maternidad, aunque sea en escala reducida para una población pequeña como la de Sucre, debe constar de las siguientes secciones:

1a. *Servicio externo*— (con acceso a la calle)

Una sala de espera, un consultorio de gestantes y lactantes, una subsección de profilaxia de enfermedades transmisibles a la descendencia, otra de corrección de anomalías y de estados morbosos que acompañan a la gestación o preñez, un laboratorio químico bacteriológico, una sala de exámenes, otra de curaciones, una instalación de diagnóstico radiológico y aplicaciones radioterápicas, y dos salas para operaciones sépticas y asépticas.

2º. *Servicio interno.*—Salas de trabajo (parto) para sépticas y asépticas, salas para hospitalización de parturientas normales, distócicas, patológicas no infecciosas, infecto-contagiosas, además de utilizar las instalaciones de diagnóstico y terapéutica del servicio externo y contar con baños, w.c., lavabos, bidets, cocina, farmacia, depósito, ropería, etc. Una sala de esterilización para todo el material de apósitos y curaciones es absolutamente indispensable.

Cómo quisiéramos ver reproducido, en pequeño, naturalmente, el servicio de Maternidad del profesor Touraine, de Montevideo, en esta ciudad. Ese servicio cuenta con una magnífica construcción y una instalación completa, provista del mejor material e instrumental. Pero es sobre todo de admirar el espíritu, el método, el plan, la orientación de la Clínica obstétrica francesa, lo que allí se destaca, porque el profesor Touraine ha sido alumno en Baudelocque del Profesor Couvelaire. Y los triunfos de esa escuela toman relieve al frente del otro servicio que funciona contiguo al anterior, bajo la dirección de un maestro de cultura germánica.

El homenaje tributado a la memoria del Dr. Gerardo Vaca Guzmán † en Tarija el 17 de agosto de 1915.

Los restos del eminente médico, gentil caballero, eximio profesor, ilustre químico, sobresaliente oftalmólogo, hábil clínico, esforzado investigador y hombre patriota, íntegro, probo, generoso y humanitario, Dr. Ge-

rardo Vaca Guzmán, reposaban en la ciudad de Tarija, al amparo de ese pueblo hospitalario, en que fué a acogerse en busca de salud para su corazón herido este respetable maestro, encontrando allí la muerte, pero también el sincero afecto que le rodeó en vida y el profundo recogimiento y respeto con que se guardaron sus fúnebres despojos.

Era preciso que Sucre, su ciudad natal, recogiese esos restos, para conservarlos en su seno, y exteriorizase su admiración en forma solemne, como justo homenaje al gran ciudadano, que había honrado su suelo y había dado lustre y brillo a su Universidad, al propio tiempo que conquistara la simpatía y el cariño de toda la nación para su capital.

El Presidente del Instituto inició, pues, ante las municipalidades de Sucre y Tarija, la realización del traslado de la urna funeral que contenía sus cenizas al cementerio de Notables de Sucre. Ambas municipalidades colaboraron eficazmente en esta iniciativa. El Dr. Clovis Urioste, nuestro apreciado consocio, e hijo político del conspicuo extinto, viajó a Tarija para conducir en avión sus restos a esta capital, el día 17 de enero y el mismo día estaba de vuelta, llenando su cometido. En la pista de aviación se encontraban el Dr. Ezequiel L. Osorio, presidente de la Sociedad, el Sr. Prefecto, el delegado municipal, la familia Vaca Guzmán, y el carro fúnebre de 1ª. clase enviado por la Alcaldía. La urna fué depositada en este vehículo y la comitiva vino detrás en automóviles. Llegada al Instituto Médico «Sucre», donde se había dispuesto una Capilla ardiente de primera clase en el salón de honor, la urna quedó allí hasta el día siguiente, con la guardia de honor del Batallón de Comunicaciones, habiendo sido visitada por el pueblo y la sociedad de Sucre.

Al día siguiente, 18 de enero, se organizó una hermosa y conmovedora ceremonia fúnebre en la Basílica Metropolitana por el Sr. Arzobispo y el R. Cabildo y en la puerta de la catedral, pasada esta ceremonia, se pronunciaron discursos por el Presidente del Instituto Médico, el representante de la Alcaldía, el de la Universi-

dad, de la Facultad de Medicina, de la Sanidad Pública, de la ciudad de Tarija y otros más.

El acompañamiento del convoy fúnebre fué selecto y numerosísimo. Concurrieron las corporaciones oficiales y los alumnos de los establecimientos de instrucción, en especial; el cuerpo médico.

En el cementerio general, se sepultaron los restos en un nicho del *Panteón de Notables*, y se dejó escuchar finalmente el toque de silencio! de un clarín del Regimiento Vergara de Artillería.

En suma, el Instituto, la Municipalidad, la Universidad, el Coro Metropolitano, El Ejército, la Sanidad, todas las instituciones, supieron tributar un homenaje apoteósico a la inmortal figura sucrense, con motivo de la traslación de sus restos de Tarija a esta ciudad.



ENDROCRINOS

Viocolil amp.

Preparado hepar-opoterápico inyectable. Extracto hepático inyectable muy activo, de tolerancia superior, rápido aumento de los eritrocitos y de la hemoglobina.

Eficaz en los casos rebeldes de anemia perniciosa.

HIPNOTICOS

Teolón en tab.

Sedante e hipnótico eficaz. Conciliador seguro del sueño.

Insomnio de toda clase. Sedante en los trastornos histéricos y neurasténicos.

VITAMINAS Compuesto Vitamínico Winthrop en cap.

Contiene las vitaminas A—B1—B2 (G)—C—D con niancinamida.

Profilaxia y tratamiento de las hipovitaminosis y avitaminosis múltiples y en todos los casos de desnutrición.

ANTIGRIPALES Cresolsulfonatos Cálcicos Winthrop en sol.

Eficaz expectorante, perfectamente tolerado en todas las afecciones agudas y crónicas del aparato respiratorio.

Profilaxia y tratamiento de los catarros, bronquitis, tos gripal, tosferina, neumonía, tos de los tuberculosos, etc.

DIURETICOS

Supacidyl en tab.

Antiséptico urinario de efecto enérgico, produce su acción aunque la orina tenga reacción alcalina.

Tratamiento de la cistitis, pielitis, nefrolitiasis, uretritis gonocócicas, abscesos de la uretra, etc.

BIOLOGICOS

Ricolón en amp.

Preparado proteinoterápico inmunizante no específico, estimula las defensas orgánicas y la elaboración de anticuerpos contra los agentes patógenos invasores.

Infecciones estreptocócicas, gripe, septicemias, neumonía y bronconeumonía, escarlatina.

ANESTESICOS Tisulina con Hidrato de Amileno

Anestésico basal. Narcótico de aplicación rectal, inicia la narcosis sin estados de excitación, con amnesia retrógrada evitando así el trauma psíquico.

Para operaciones de cirugía y ginecología.

La Paz, 12 de marzo de 1945.

